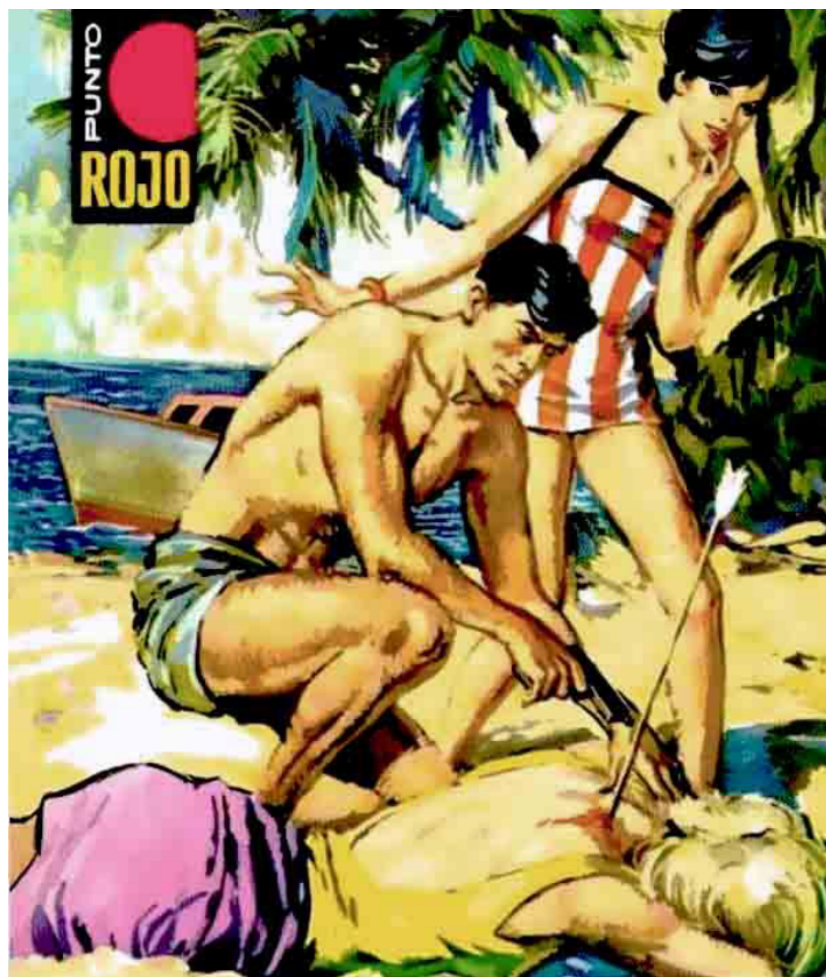


PUNTO
ROJO



Vento
Rosa.



TROPICO ARDIENTE

donald curtis

DONALD CURTIS

TROPICO ARDIENTE

Colección PUNTO ROJO n.º 70

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 15.667 - 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

PRIMERA EDICIÓN: AGOSTO 1963

© DONALD CURTIS - 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 8199/63

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección **BISONTE**:
724 — Aprieta ese gatillo.
- En Colección **SERVICIO SECRETO**:
671 — Hermandad siniestra.
- En Colección **BUFALO**:
417 — Duelo de «Colt».
- En Colección **TEXAS**:
205 — El revólver es mi ley.
- En Colección **CALIFORNIA**:
250 — Los que no olvidan.
- En Colección **COLORADO**:
128 — Buitres sobre Tejas.
- En Colección **ASES DEL OESTE**:
198 — Un revólver para ti.
- En Colección **PUNTO ROJO**:
62 — Póker de muerte.



Rea.

TRÓPICO ardiente

por **DONALD CURTIS**

PRÓLOGO

Los periódicos de toda la nación lo publicaron con grandes caracteres. Fue un célebre *affaire*, en la crónica negra de la Costa Este de los Estados Unidos. Uno de esos casos que hacen derramar tinta a raudales. Y que permiten vender miles y miles de ejemplares a los avispados editores de diarios y revistas sensacionalistas.

El robo de un millón de dólares no podía ser una excepción. Y no sólo no lo era, sino que, por el contrario, contribuía a convertirse en el caso típico, en el ejemplo vivo de lo que un asunto podía dar que hablar a todo un país, desde las oficinas policiales y judiciales, hasta las redacciones de prensa, pasando por la calle, las viviendas y los círculos políticos, que movían sus hilos en uno u otro sentido, para utilizar como un arma de fácil esgrima aquel caso escandaloso... que no se aclaró.

Al menos, por el momento.

Porque luego, los titulares de Prensa cambiaron de rumbo. Primero, habían sido los habituales en casos así:

«¡ROBO SENSACIONAL! ¡UN MILLÓN DE DÓLARES
DESAPARECIDO!».

«¡NO HAY SOSPECHOSOS NI ACUSADOS EN EL ROBO
DEL MILLÓN!».

«¿PUEDEN ESFUMARSE UN MILLÓN DE DÓLARES,
ROBADOS A LA *TRANSAMERICAN*
CORPORATION... Y CON ELLOS SU LADRÓN? ¿QUÉ
HACE LA POLICÍA EN ESTE CASO?».

«¡FAMOSA FIRMA PUBLICITARIA, TURÍSTICA Y
COMERCIAL, ROBADA ESPECTACULARMENTE POR
UN FANTASMAL LADRÓN QUE SE LLEVA UN MILLÓN
DE DÓLARES!».

Ésos habían sido los primeros titulares.

La *Transamerican Corporation* era una empresa singular. Una mezcla de Agencia Turística, productora de films, editora de libros y publicaciones literarias o gráficas, difusora de un vasto programa de propaganda mundial, para realzar las excelencias turísticas de toda la América Central y Española en conexión con importantes Empresas aéreas, navieras y de viajes de todo el Continente Americano, desde los límites nórdicos y nevados de Canadá, hasta la punta de la Tierra de Fuego. Sus ramificaciones mundiales eran vastísimas, en su mayor parte asociadas a la central que residía en Nueva York, con las sucursales inmediatas en los puntos clave de la América que ellos realizaban en los del turista de todo el mundo, tales como Miami, Puerto Rico, Bogotá, Río, Buenos Aires...

La *Transamerican Corporation* anunciaba un capital social de 100 000 000

de dólares. Era una especie de Agencia de Viajes y Turismo, Banca internacional y Centro turístico de primera línea. Por tanto, en sus arcas, el robo de un millón de dólares no creaba ninguna bancarrota. Pero era una cifra que podía conmover sus cimientos y lanzar muy lejos a su presidente actual, a su consejo administrativo y a una serie de personas vinculadas con la entidad, a quienes la opinión pública hacía responsables de tal negligencia.

Pero naturalmente, esa opinión pública estaba sabiamente alimentada por criterios tan interesados y parciales como podían serlo los elementos accionistas de la firma, que aspiraban a substituir a los fracasados dirigentes actuales. Es lo que siempre ocurre; el público nunca opina otra cosa que la que la gente de las altas esferas desea realmente. El dinero puede mover algo más que las montañas de la fe; mueve también criterios y juicios ajenos. Es su poder. Y siempre hay quien lo sabe.

Después de un par de meses de controversias, discusiones, mutuas acusaciones y desconcierto de la Policía, se empezó a olvidar el asunto.

Y, justamente entonces, cuando la gente ya había dejado de pensar en el millón de dólares audazmente robado de las arcas de la central en Nueva York de *Transamerican Corporation*, sucedió el segundo acto del drama.

El que parecía iba a ser el último.

Parecía, claro...

La primera negligencia de la *Transamerican Corporation* había sido la de guardar en sus arcas neoyorquinas, la cifra fabulosa de un millón, sin registrar previamente numeraciones, bloques de billetes ni dato alguno que permitiera su identificación rápida.

El honorable Allyn Edwards, presidente de la *T. A.* (siglas de la *Transamerican*, mundialmente conocidas), era responsable de ese fallo primordial, junto con su cajero general, el no menos honorable, Cameron W. Carroll. Por eso ambos dimitieron de sus cargos, y la gente les olvidó pronto. Otro presidente, James Reynolds subió a la máxima posición en la empresa. Se nombró otro cajero, y se dejó de discutir la responsabilidad moral de los dos dimitidos.

Pero el

F. B. I.,

y la Interpol trabajaban en el asunto. Se tenían confidencias de que el dinero podía haber salido del país, con destino a Sud o Centroamérica. Y se vigiló a fondo.

Todo eso, dio un resultado: la aparición de diversas cuentas bancarias en varios puntos del Continente americano. Cuentas, todas ellas, abiertas a nombre de personas diferentes, con una sola, casual circunstancia: sus iniciales, eran siempre las mismas.

El hombre llamado Stuart Benson en Venezuela, extendía luego otra cuenta en Río de Janeiro, con el nombre de Steve Broddell, como Sandor Benek en Santiago de Chile, como Spencer B. Carter en La Habana o como Shorty Brown en San Juan de Puerto Rico.

Siempre las mismas iniciales: S. B.

Parecía ser su firma característica. Su desafío burlón a la astucia policial. La ley recogió ese desafío. Y respondió a él.

En Miami fue arrestado un hombre, cuando extendía una cuenta corriente en el *Florida Tourist Bank*, a nombre de Shelby Bryan. La S, y la B., volvían a hacer acto de presencia. Siempre eran cuentas en dólares, abiertas a nombres diferentes, pero ingresadas en billetes de cien dólares.

Justamente en billetes de los que formaban los fajos robados misteriosa y sigilosamente de la Caja de la *Transamerican Corporation*.

Shelby Bryan podía ser una invención. Pero, aparentemente, no lo era.

Pudo demostrar su nombre, la autenticidad del mismo. Ciudadano norteamericano, residente en Nueva York. No quiso declarar de dónde procedían los setenta y cinco mil dólares que depositó en Miami. Negó que él fuese el hombre que recorriera Sudamérica salpicando de dinero los bancos.

Las firmas habían sido disfrazadas, fingidas claramente en todas partes, por alguien que sabía hacer tales trabajos.

Los expertos compararon todas esas firmas falsas, con la auténtica de Shelby Bryan. Llegaron a la conclusión de que podían ser hechas por el mismo hombre. Pero sin una total seguridad. Los cajeros de diversos bancos, confesaron que no podían identificar al hombre que ingresó las cuentas. Dos o tres lo hicieron, señalando a Shelby, y declarando que, pese a que llevase gafas ahumadas, o cualquier otra cosa diferente, era él, sin lugar a dudas.

La defensa señaló la fragilidad de tales puntos. Pero cuando se sumaron los setenta y cinco mil dólares de Shelby Bryan, a las demás cantidades ingresadas en otros puntos, dio una cifra rotunda y concluyente: un millón de dólares.

Eso es lo que más pesó en el Jurado, pese a los esfuerzos de la defensa por mostrar la debilidad de tales pruebas, lo inconsistente de toda la acusación.

Y Shelby Bryan fue condenado.

El millón, recuperado por la *Transamerican Corporation*, ya que en parte alguna se presentó nadie a reclamar la cuenta del hombre de las iniciales S. B., quitó hierro al asunto. El propio consejo directivo, recomendó clemencia.

Shelby Bryan, autor de un robo sensacional, pero estúpido a fin de cuentas, según criterio del propio juez, recibió una condena leve: diez años de prisión.

Esa condena, posteriormente, fue revisada, habida cuenta de la pobreza de pruebas presentadas ante los jueces y Jurado. A Shelby Bryan le dificultaba las cosas su amistad con cierta dama... de quién se probó que había sido muy amiga también, en el terreno íntimo, del honorable Allyn Edwards, presidente de la *Transamerican*. Pero sobre ese punto la propia firma prefirió guardar silencio y ocultar las cosas lo más posible, ya que el dinero recuperado lo resolvía

todo, o casi todo.

La teoría de que la dama facilitó a Bryan la combinación de la caja, las llaves para entrar en las oficinas sociales, y el secreto de desconexión del sistema de alarma, no dejaba muy bien parada la dignidad del honorable señor Edwards, y se prefirió callar al respecto.

Pero a pesar de todo, Shelby Bryan siguió en prisión, si bien con la condena algo reducida. La fama de Bryan, como hombre de *night-clubs*, amistades raras y carencia de profesión concreta, influyeron adversamente en él.

Con el millón recuperado, el culpable en prisión, y la opinión pública acallada, nadie se preocupó más del *affaire* del millón de dólares.

CAPÍTULO PRIMERO

AL VOLVER

—Adiós, amigos. Hasta nunca.

—No digas eso, Shelby. Despídete como todos: «Hasta la vista»...

—No habrá un «hasta la vista». No volveré nunca.

—Bah. Es lo que dicen todos. Pero al final, siempre vuelven...

No cambiamos más palabras. Y si lo hicimos, no lo recuerdo. Aquéllas bastaban. Eran lo suficientemente abrasadoras, para grabarse en mí como un hierro de marcar ganado.

Lo amargaban todo: «Hasta la vista»... «Hasta la vista, Shelby»... Amargaban todo: hasta aquella noche húmeda y bochornosa, con olor a sulfuro. Hacía calor. Y posiblemente habría tormenta, cuando el bochorno buscara mayor expansión.

Me gusta el calor. Y me gusta la tormenta. Siempre me gustaron. Pero esta noche, las cosas eran diferentes. Y no deberían haberlo sido. Precisamente esta noche, todo debía de ser mejor que nunca.

Era la primera noche. La primera de mi regreso. El regreso de Shelby Bryan a la jungla. El tigre volvía con los tigres. A seguir dando dentelladas. O a recibirlas, eso nunca se sabe.

La gente pasaba por mi lado. En mangas de camisa, enjugándose el sudor del cuello, o pasando el pañuelo por la frente brillante de humedad. Me miraban como a un bicho raro, al verme con mi traje de invierno, viejo y deslucido, con mi aire de indiferencia por el calor, y con la piel seca. Seca como mi boca.

Me paré en un bar. No llegué a entrar en él. Quizá las luces me asustaban, no sé. O la gente, o el ruido, vaya usted a saber. Lo cierto es que seguí adelante. Hubiera dado media vida por un buen trago. Y pasaba de largo frente a los bares. Quizá la gente hacía bien en mirarme como a un bicho raro. Lo soy. Creo que lo soy...

«Hasta la vista, Shelby»...

—¡Puercos! —murmuré. Y creo que una pareja se quedó parada a mi espalda, mirándome con recelo, como si me hubiera dirigido a ellos. Yo seguí adelante, repitiendo en tono más íntimo—: Puercos... Nunca volveré. Shelby no vuelve nunca a esos sitios...

Me paré a la altura de la Calle Treinta. Estuve echando una ojeada a las cubiertas multicolores de las publicaciones. Unas chicas increíblemente poco vestidas, me guiñaron desde las litografías.

Chicas...

Apreté los labios. Ahora sí sudé un poco. Sentí humedad sobre los labios. Parecían siglos, aquella época sin chicas. Por lo que se podía ver en aquellas publicaciones, seguían igual. Bonitas, provocativas, sinuosas. Y vacías. No de cuerpo, sino de cabeza.

Pasé mis dedos sobre los senos litografiados de una *pin-up* nada recatada. La chica hacía bien en no serlo. A una chica si la Naturaleza le da ciertos atributos, no tiene por qué ocultarlos. El vendedor de publicaciones me observó con recelo. Pero la chica no debía de ser su mujer, ni su novia ni su hermana, porque se encogió de hombros y no me dijo nada.

Empezaba a cansarme de andar. Era gracioso que ocurriera eso. Quizá la falta de costumbre. Paré un taxi. No me sobraba el dinero, pero aún podía pagar una carrera.

Una vez dentro, me pregunté adónde. Ni siquiera sabía dar una dirección.

—¿A dónde? —me preguntó también el taxista, estudiándome con poca confianza a través del retrovisor.

Se me ocurrió una dirección. Sólo una. Y la di:

—Roosevelt Drive, esquina a la Calle 83. Welfare Apartments.

Me eché hacia atrás en el asiento. El taxi arrancó hacia la parte alta de Manhattan.

—¿Eileen Diamond? No, lo siento. Ya no vive aquí...

Suspiré. Siempre ocurre igual. Uno vuelve a los sitios donde hubo algo. Algo conocido, familiar, entre tanta cosa extraña. Y ya no está allí.

El hombre del uniforme azul cobalto y los botones plateados, me miraba muy fijamente. Y no de una forma halagadora. No sé por qué, cuando uno viste mal, siempre produce desconfianza en los

demás. Como si solamente los que llevan buenas ropas pudieran ser honrados.

—¿Se ha mudado? —pregunté, un poco estúpidamente.

—Sí, se ha mudado —la respuesta, naturalmente, también era estúpida. Lo sabía el que la dio. Y lo sabía yo...

—¿Podría decirme dónde vive ahora? Quizá le dio la dirección...

—Me la dio, sí. Pero de eso hace tiempo ya. Puede haberse cambiado de nuevo.

—No importa. Buscaré. Soy un viejo amigo. ¿Puede dárme la?

—No —manifestó con franqueza—. No puedo. Está prohibido.

—Ya le he dicho que soy un viejo amigo.

—Y yo, le he dicho que está prohibido dar informes. Buenas noches.

—Buenas noches —me despedí.

Abandoné los Welfare Apartments. Antes, era el mejor edificio de aquella zona. Ahora ya no. Había dos o tres bastante mejores, y más modernos. Así son las cosas. Pueden cambiar mucho en unos años. Bastan cuatro, para variarlo todo. O casi todo.

Cuatro años...

«Hasta la vista, Shelby»...

Al infierno todos. No quería gastar más en taxis. Bajé hasta la Setenta y Nueve, y tomé el autobús de Central Park. Sólo hasta la Quinta Avenida. Allí, otro autobús me llevó hasta la intersección con la Cincuenta y Siete, y ya desde ésta, llegué en poco tiempo a Broadway.

Había una forma de saber si Eileen continuaba en Nueva York. Si es que seguía dedicándose a lo mismo, por supuesto. Probarlo, sólo costaba diez centavos. Me los gasté en un ejemplar del «Variety Guide».

Lo abrí por, las páginas de clubs nocturnos. Eileen Diamond seguía siendo la misma. Al menos en eso.

Estaba allí. Anunciada en un local cuyo nombre me hizo estremecer. Leí el anuncio:

«ESTA NOCHE... Y TODAS LAS NOCHES»

Disfrute de las noches doradas de Nueva York.

Visite su local. Naturalmente, el...

CLUB 900

¡*STREAP-TEASE* CON LA CÁLIDA BELLEZA RUBIA
EILEEN DIAMOND, LA «VENUS DE MANHATTAN»!
¡NÚMEROS MUSICALES DE GRAN ESPECTÁCULO!

Siempre su local, el...

«CLUB 900»

El Club 900. Aún existía. Y aún trabajaba en él Eileen. Me pregunté si no se habría movido de allí en aquellos cuatro años. De ser así, Eileen habría demostrado al menos, fidelidad a algo: su local de trabajo. Y me sorprendería mucho que ella pudiera ser fiel ni siquiera a eso.

Me detuve frente a los escaparates de un gran almacén de ropas hechas. Los maniqués me hicieron sentir envidia. Ellos vestían ternos frescos, veraniegos, cortados a la moda. Yo... Bueno, el cristal me devolvió una imagen nada confortable de mí mismo.

No iba vestido a propósito para entrar en el Club. Y, sin embargo, tenía que ir allá.

Y fui.

—¿A dónde va?

Me paré, mirando de hito en hito al uniformado portero. No le conocía, ni él a mí. Pero mi aspecto, evidentemente, no le gustaba.

—Sí, usted —insistió—. ¿A dónde va, señor?

—Adentro —dije—. ¿O qué cree?

—No sé. Nuestros clientes visten mejor.

—Lo siento. No me iré sin pagar, si se refiere a eso —repliqué—. Y voy vestido como me da la gana.

Entré resueltamente. El tipo se quedó con ganas de echarme a la calle de un puntapié. El espectáculo estaba muy avanzado. Cuando comprobé que la clientela del Club 900 sostenía el aliento, supe que Eileen debía de estar en escena, en pleno *streap-tease*.

Un murmullo tenso acogió la imagen de la rubia actuante, entre cadencias de lánguido «fox», tan vestida como lo fue *lady* Godiva en su famoso paseo a lomos de un caballo. Pero el soberbio espectáculo de su desnudez, terminó súbitamente, tras apenas cinco segundos de exhibición, con el oscurecimiento de las luces de la pista.

La orquesta arreció en su ritmo. La luz volvió. Pero un manto rojo, traslúcido, cubría ya el cuerpo de Eileen Diamond, triunfante y

gloriosa en medio de la pista. La gente quería que repitiese. Pero ella era lo bastante hábil para no complacerles.

Desapareció tras las cortinas del fondo, entre graciosas reverencias. La gente reía, mientras un trompeta de color ébano, recogía, exhibiendo su blanca dentadura en amplia sonrisa, las prendas caídas del cuerpo de Eileen.

—Hermosa, ¿verdad? —dijo alguien a mi lado.

Me volví. Aun sin reconocer el timbre de voz, hubiera podido decir quién era, antes de enfrentarme con su rostro anguloso, cetrino, sobre el impecable *smoking* crudo, de buen hilo.

—Como siempre, Marlowe —dije.

Alex Marlowe me contempló fría, largamente, con una sonrisa flotando en sus labios delgados, oscuros, que parecían mordisquear la boquilla de ámbar y plata que sostenía el cigarrillo aromático, de tabaco turco.

—Tampoco tú has cambiado —me respondió tras un silencio.

—Ni tú —suspiré, hermético—. Todos somos los mismos. Es como si nada hubiera pasado, Marlowe.

—Han pasado cuatro años.

—Eso, lo sé yo mejor que tú.

—Sí, claro. En fin, Shelby, yo no tuve la culpa.

—Por supuesto. La tuve yo. Siempre la tiene uno: el que paga.

—¿Estás hablando irónicamente?

—¿Tú qué crees?

—Ven —dijo Alex Marlowe, inclinando la cabeza—. ¿Quieres una copa?

—Sí, quiero una copa. Pero aún me queda algo. Lo suficiente para pagarla, y que tus gorilas no me tiren a la calle.

—No digas tonterías. Nadie va a cobrarte aquí, Shelby.

—Tu generosidad me confunde. ¿Empiezas a pagarme estos cuatro años?

Marlowe no dejó de andar. Pero se volvió, mirándome glacialmente, de soslayo.

—Creo haberte dicho que yo no tengo nada que ver en eso.

—¿Quién, entonces?

—No sé. Son cosas que ocurren. Yo no me he dedicado a buscar responsables.

—Sí, claro. ¿Por qué habías de hacerlo? Tú no has perdido nada.

—¿Le llamas nada a un cuarto de millón de dólares? —me espetó de súbito, dejándome sorprendido.

Habíamos llegado al bar del club. Marlowe pidió dos «brandis». No había olvidado mis gustos. Cuando se volvió hacia mí con la copa de licor en la mano, yo seguía estudiándole atentamente.

—¿Has dicho un cuarto de millón? —pregunté.

—Olvídalo —suspiró, encogiéndose de hombros. Yo tomé mi «brandy»—. No es momento de hablar de eso, Shelby. Habrá tiempo de ello más adelante.

Bebí. El «brandy» me hizo mejorar mucho. Pero su impacto en mi estómago, me recordó que estaba en ayunas desde hacía bastantes horas. El segundo trago lo pasé más deprisa, y el estómago lo toleró mejor.

—Preferiría hablar ahora —dije roncamente—. De ese cuarto de millón, se entiende.

—¿Por qué, Shelby? Acabas de salir de un mal trance. Creí que querías descansar, olvidar un poco.

—Olvidar —me mordí el labio inferior, casi con rabia—. Es fácil que olviden los demás. No yo.

—Está bien, está bien. No me meto en esto. Imagino lo que sentirás. Hablaba en otro sentido.

—¿Qué sentido, Marlowe?

—Bueno, suponía que no deseabas remover viejas cicatrices, ahondar en ellas y hacerlas sangrar otra vez. Después de todo, serías tú quién sangraría más.

—Eres muy amable, Marlowe. Te preocupas mucho por mí.

—Han sido cuatro años, Shelby. No lo olvido yo tampoco. A pesar de que puedas pensar que tuve alguna culpa en ello. ¿Creerías mi palabra de que no me mezclé en el asunto para nada?

—No —reí duramente—. Ahórrate esfuerzos, Marlowe.

—Lo suponía —suspiró él.

Bebimos de nuevo, en silencio. Marlowe no me estudió con especial animosidad. Yo hacía rodar mis ojos por todas partes, escudriñándolo todo, buscando algo que ni yo mismo sabía lo que podía ser, a fin de cuentas.

—¿Por qué me hiciste depositar aquel dinero en Miami? —pregunté de repente.

Alex Marlowe se sobresaltó. Quizá había estado esperando la

pregunta durante cuatro años. Y ahora, sin embargo, al serle hecha de repente, se sentía desconcertado, inquieto.

Me miró de hito en hito.

—No pierdes el tiempo —comentó.

—No, no quiero perderlo más. Ya perdí cuatro años. Por ser tonto. Creí en ti, Marlowe. Y en ella.

—No te engañamos, ya te lo dije antes. Ni Eileen ni yo.

—Pero yo fui a presidio. Acusado de robar un millón. Eso tuvo su gracia... Sin embargo, no para mí, Marlowe.

—Yo no robé a la *Transamerican*.

—Tampoco yo. Pero pagué por ello. Y eso que la *Transamerican*, recuperado su dinero, fue muy generosa conmigo. Recomendó clemencia al Tribunal. Quizá pase por allí, a darle personalmente las gracias a su consejo directivo. En Navidad, les mandaré seguramente un artístico *christmas*, deseándoles felicidades.

—Eres sarcástico, Shelby.

—¿Qué esperas que sea, entonces? —indagué ásperamente.

Marlowe pidió otra copa de licor. Yo me negué a beber más. No me hacía falta ya. Nos estudiamos mutuamente, como dos gallos de pelea, sin ganas de pelear. Pero sin la menor amistad interior, ésa es la verdad.

—Ese cuarto de millón me intriga —confesé por fin.

—Ya lo veo. ¿Es que nunca oíste hablar de él?

—Yo nunca.

—Fue dinero robado —suspiró Marlowe—. Alguien mintió en todo aquello. No robaron un millón, sino millón y medio. Uno, apareció. El medio... no.

—Ya. ¿Qué pasó con él?

—Se esfumó.

—Medio millón no se esfuma.

—Claro que no. Alguien sabe dónde está. Pero ese alguien no soy yo.

—¿Por qué habías de serlo, Marlowe? Dijiste que no te mezclaste en el robo. Sería raro que tuvieras en tu bolsillo ese medio millonaje, ¿no crees?

—Escucha, Shelby. Yo no soy un puritano ni un santo, tú lo sabes. Si te di aquel dinero, era porque alguien me lo dio a mí,

encargándome que tú lo depositaras. Eso fue todo. Yo no podía saber, al encargártelo, que ibas a ser acusado de algo así.

—Oh, claro. En eso sí fuiste un santo, ¿eh?

—Puedes dirigirme los sarcasmos que gustes. No me ofenderé. Tienes razones para pensar lo peor de mí. Y yo no creo poderme defender demasiado bien. Pero te dije la verdad. Yo formaba parte del negocio. No en ese millón, claro. Había algo más; medio millón que, una vez recuperado el resto, se perdería en el olvido.

—Parece un poco difícil de creer que medio millón se desvanezca como simple humo.

—Hubo algún asunto feo en la *Transamerican*. No sé si sería un fraude, un chantaje o un soborno de altos vuelos. Pero en la caja fuerte, existía el día del robo una cifra muy diferente al millón oficialmente denunciado. Había un millón quinientos mil dólares en efectivo.

—¿Por qué denunciaron el robo de un millón?

—No lo sé, ni me importa. Supongo que el consejo directivo no sabía nada... o sabía demasiado. Y de citar el medio millón, las cosas se pondrían feas para alguien.

—O para todos.

—O para todos, de acuerdo —aceptó Marlowe, algo irritado—. Lo cierto es que el medio millón voló. Yo tenía que beneficiarme de él. Pero ¿a quién se lo reclamo?

—Tú debes saberlo.

—Escucha, Shelby —gravemente, Marlowe me miró con fijeza, repentinamente desconfiado—. ¿Has pensado en algo?

—He pensado en muchas cosas. ¿Cuál, en concreto?

—Tú podrías tener ese medio millón...

No dije nada. Le miré larga, pensativamente. Arrugué el ceño, mientras hacía pasear mi dedo por el borde del vaso vacío. Luego, me encogí de hombros.

—Podría ser —admití—. Si robé un millón... pude robar millón y medio.

—¡Oh, deja eso! Sé que no robaste el millón. Sé que no robaste nada. Yo te metí en esto, como alguien me metió a mí. Pero yo también he pensado durante este tiempo.

—Tuviste mucho para pensar. Pero en la cárcel se piensa más y mejor —bromeé con frialdad.

—Sabes a la clase de negocios que me dedico. Acepté mi papel en ese juego, porque la comisión era muy elevada. Alguien me dijo que tú eras la persona apropiada para hacer el ingreso del dinero, y te lo encargué. Luego, he pensado un poco por mi cuenta. Me ha parecido absurdo que fueses encarcelado por ese robo, que todas las cosas te acusaran, que alguien pensase en ti, para meterte en la cárcel. Y, sobre todo, lo más absurdo era devolver el millón legalmente denunciado, a las arcas de la *Transamerican*.

—Eres muy inteligente, Alex.

—Ríete lo que quieras. Pero luego, tuve una idea. O mejor dicho, dos.

—¿La primera?

—Que alguien te hizo caer en una trampa preparada por mí, para devolver la cantidad oficial a la *Transamerican*... y quedarse con el medio millón restante.

—Clarísimo. ¿La segunda idea?

—Que ese alguien, eras tú mismo, Shelby Bryan.

Le estudié en silencio. Parecía sincero, el condenado Marlowe. Como si realmente creyera aquello.

—Sería un juego genial —confesé—. Pago cuatro años por un millón... y vivo como un rey el resto de mi vida, con el dinero sobrante, que nadie denunció. Pero no es la verdad, Marlowe. No voy a vivir como un rey con lo que gané en todo esto.

—Te creo —rió Marlowe—. Te creo, Shelby. Pero mucha gente va a pensar eso mismo que te he dicho. Es más, lo están pensando ya. Creerán que ocultas medio millón, para darte la gran vida cuando la polvareda de tu retomo a la vida y la libertad se pase un poco.

—Allá ellos —me encogí de hombros—. Lo cierto es que apenas tengo dinero para cambiarme de ropa mañana.

—Oh, perdona —Marlowe metió la mano en el bolsillo interior de su *smoking*—. Tengo una deuda contigo, te ofrecí el diez por ciento de la cifra que ingresaste, ¿recuerdas?

—Sí. Setenta y cinco mil. El diez por ciento, siete mil quinientos. Supongo que eso pasó a la historia.

—No, Shelby. Yo soy siempre un hombre formal. Alguien me utilizó como un buen tonto, para meterte en el lío y dejarme sin ningún dinero. Pero te debo tu parte. Tómalala.

Extrajo un talonario de cheques. Arrancó una hoja y me la tendió. La miré. Era larga, verde. Deliciosamente verde, con el nombre de un banco en su parte superior. Firmada por Marlowe, bajo la cifra de siete mil quinientos dólares al portador.

—Ya lo tenías preparado, ¿eh? —comenté.

—Por supuesto, Shelby. Nada más saber que volvías, lo dispuse todo. Quiero quedar en paz contigo.

—¿Y con tu conciencia?

—También —inclinó la cabeza, pensativo—. Quisiera poderte compensar de esos cuatro años de prisión. Pero yo no tuve la culpa. Mi amigo, el de los setenta y cinco mil dólares, me ofreció un buen negocio. Yo creí al menos que lo era. Me dio aquel dinero, para que tú lo ingresaras a tu nombre. Me prometieron mucho dinero, exactamente un cuarto de millón.

—La mitad del dinero que se ha evaporado.

—Sí. El cincuenta por ciento de un fabuloso negocio. Entonces no me dijeron que fuese producto de un robo.

—No me importa eso. Allá tú con tus negocios y tus escrúpulos. Pero hay una forma de llegar al fondo de esta cuestión, Marlowe.

—¿Cuál?

—Me has citado repetidas veces a un hombre o mujer, alguien que te proporcionó el dinero para que me cazaran a mí como a un pichoncillo estúpido, ¿no es cierto?

—Sí.

—El mismo que te ofreció a ti un cuarto de millón, ¿no es así?

—Sí...

—¿Quién era esa persona, Alex?

Marlowe vaciló. Luego, desgranó lentamente su nombre:

—Hyatt McNamara —dijo con parsimonia.

—Pues bien: interroga a ése McNamara, sácale la verdad. Te sobran recursos para ello, Marlowe. Él cantará, dirá por cuenta de quién te hizo la oferta, qué persona puede vivir ahora cómodamente, en la sombra de la impunidad, con quinientos mil dólares en su cuenta corriente.

—Es que no puedo, Shelby. No puedo hacerlo...

—Diablo, ¿y por qué? ¿Es que ése McNamara es intocable tal vez?

—Ahora, sí —respiró hondo Marlowe, apurando su copa de licor

nuevamente—. Hyatt McNamara murió, días después de ser tú encarcelado, Shelby... Un accidente de automóvil, ¿sabes? Eso dijeron, por supuesto. Pero yo sé que fue *asesinado*...

CAPÍTULO II

EILEEN

El primer bofetón la tiró dando tumbos por la estancia.

Derribó una banqueta tapizada con cretona de chillones cuadros funcionales. Luego, una ristra de trajes de brillo, colgados de una percha. Por fin, dio con su cuerpo semidesnudo en el suelo. Se levantó, diciendo algo áspero, violento.

La abofeteé de nuevo, y dio varios trompicones, terminando su viaje en un rincón, bajo una auténtica pila de sombrereras multicolores, de firmas costosas del Broadway.

—¡Shelby! —gimió, tocándose el rostro enrojecido, desmaquillado por el impacto de mis dedos—. ¡Oh, Shelby, no...!

—Levántate, rata —dije, silabeando las palabras—. Anda, ponte en pie, cariño... ¿No te sientes feliz de ver otra vez a tu querido Shelby?

—Oh, querido, no me trates así —musitó, incorporándose poco a poco. Y lo hizo con toda su endemoniada sabiduría, exhibiendo los encantos turgentes que la Naturaleza había depositado en su seno, generosamente—. Soy Eileen, tu Eileen de siempre... ¿Por qué han de ser distintas las cosas ahora, si tú y yo somos los mismos?

Se levantó, sin importarle que se desprendiera su bata. Después del *strep*, no podía decirse que estuviera muy vestida bajo la prenda. Pero se mantuvo así, erguida frente a mí, segura de que haría aumentar las palpitaciones de mi corazón, y de que la sangre bulliría en mis venas.

No le faltó razón. La mala pécora era muy buena sicóloga, y no era fácil que olvidase los años que había pasado yo en prisión, lejos de cualquier chica como ella.

Pero mis latidos y la ebullición sanguínea en mis arterias, no la

libraron del tercer trallazo de mi mano en su mejilla. Reculó, trompicando estupefacta. Iba a caer, pero lo impedí, aferrándola con tal furia, que mis dedos se hincaron en su carne, tersa y muy blanca. La melena pelirroja golpeó, cosquilleante, mis velludas muñecas.

—¡Vamos, Eileen, quiero saber la verdad! —espeté agriamente—. No estoy dispuesto a pagar por los demás. Y si entonces pagué por un robo que no había cometido... ¡tú tuviste la culpa!



—*¡Vamos, quiero saber la verdad!*

—Pero Shelby yo... yo te juro que... —jadeó ella, aterrorizada, con sus bellos ojos claros muy abiertos, mirándome estupefacta.

—No jures, encanto. Tus juramentos no tienen el menor valor. Son como cheques sin fondos.

—Shelby, no puedes creer que yo...

—No puedo creer que tú obres honradamente con nadie —repliqué, incisivo—. Pero sí que seas capaz de todas las vilezas y ruindades del mundo, preciosa. Y a eso he vuelto. Quiero la verdad, ¿entiendes? ¡Toda la verdad!

—Pero Shelby...

La solté los hombros. Dejé en su carne tersa la huella de mis dedos. Alcé las manos, aferrando su roja melena con violencia, tirando de ella hasta hacerla lloriquear de dolor. Su cuerpo turgente, opulento, se echó atrás. La bata se había terminado de abrir. Si ustedes han visto alguna vez el grabado de *lady* Godiva, paseando a caballo, sabrán cómo estaba Eileen entonces.

—Me diste setenta y cinco mil dólares —dije lentamente—. Era un asunto de Marlowe, pero de él nunca me hubiera fiado yo. Tú doraste la píldora. Yo debía tomar ese dinero tuyo, y llevarlo a Miami. Lo hice por ti, Eileen. Luego, cuando supe que era de Marlowe, ya era tarde. Había caído en el garlito estúpidamente. Eso sí, me habías ofrecido el diez por ciento por el favor. Al menos, Marlowe ha sido honrado en algo: me ha pagado lo convenido. Resulta irónico, ¿eh? Pero no puedo tener muchos escrúpulos. Tuve que aceptar su dinero. Me servirá para empezar de nuevo. Y para dar con el hatajo de perros que me metió en prisión por cuatro años.

—Shelby, por favor... —gimió ella, estremecida por el dolor—. No seas vengativo... Mi cariño, yo... yo... no podía saber... lo que planeaban... Y, después de todo... ahora nadie puede devolvarte esos cuatro años...

—Te equivocas —dije roncamente—. Me los devolverán. Al menos, en dignidad. Quiero rehabilitar mi nombre, quedar limpio de suciedad. Toda la suciedad que vosotros me echasteis encima, Eileen...

—Shelby, yo no tuve culpa...

—Claro. Nadie la tuvo. Pero yo fui a la prisión, ¿recuerdas? Y ni tú ni nadie movió un dedo por mí. Al contrario. Tú negaste todo lo relacionado con esa cantidad. Dijiste que nada sabías de ese dinero... ¡un dinero que tú misma me diste!

—Shelby, me amenazaron... Me intimidaron...

—¿Quién? ¿Hyatt McNamara? ¿O los que le asesinaron a él?

—¡Shelby! —Sus ojos se abrieron más aún. Estaba lívida, bajo la

pasta ocre del maquillaje, y los rabos azules de sus afeites en torno a los ojos—. ¡No hables así! ¡Es... *es peligroso!*

—Al infierno tú y tus peligros —rezongué. La solté de repente, con tal violencia, que fue a caer contra el tocador. Un frasco de perfume rodó por el suelo, una caja de polvos se volcó, levantando una polvareda perfumada y blancuzca.

Agitó sus piernas en el aire, desnudas y deliciosamente torneadas. Pero no estaba en condiciones de impresionarme por los encantos de ninguna mujer. Especialmente por los de Eileen Diamond, la reina del *streap-tease*.

—Shelby, querido, yo sigo sintiendo por ti igual que entonces... —musitó ella, incorporándose—. Sólo que las cosas se presentaron así... y si una mujer quiere vivir, ha de hacer muchas cosas que no desea. Shelby, mi amor, estoy dispuesta a volver a ti, a dejarlo todo...

—Como lo dejaste entonces. ¿Recuerdas, cariño? Me jurabas amor y fidelidad eternos. Entre tanto, te entendías secretamente con Marlowe y con su pandilla de amigos del hampa. Esa eras tú. Y yo era todavía el provinciano imbécil, a quién Nueva York le viene ancho. Pero eso se acabó. La cárcel, a veces, va bien. Es como una cura de aguas. Un balneario del espíritu ¿sabes? Uno sale de allí más fuerte de lo que entró. Y conociendo mejor a la gentuza con quien se ha de mezclar en la vida.

—Shelby...

—Sería inútil todo, Eileen. Sé que volverías a mentirme. No voy a interrogarte más. Pero también voy a avisarte algo: no te mezcles más en mis asuntos. No te cruces de nuevo en mi vida... o todo será peor. Mucho peor para ti, encanto.

—Shelby, me asustas —tembló ella, mirándome muy pálida—. Es... es como si realmente pensaras en... en matarme.

—A veces, creo que no vacilaría mucho en hacerlo, Eileen, si supiera que no iba a volver a la prisión por ello. Pero no vale la pena morir en la cárcel o en la silla eléctrica, por una basura como tú...

Giré, para salir del camerino. Entonces les vi.

No estaba solo con la hermosa Eileen, la chica que más rápida y artísticamente se desvestía, desde Queens a Coney Island, y desde Jersey al East River. Allí había dos hombres.

Dos hombres parados en la puerta, mirándome con expresión poco amable. Uno, era alto, joven, de cabello muy rubio y unos ojos tan azules como fríos e inexpresivos. El otro, de más edad, era bajo, fornido, muy vulgar. De cejas hirsutas, ojos oscuros y estrechos, de mirada malévola. Un grueso anillo con una piedra verde, que quizá fuese una esmeralda auténtica, destacaba en su mano, corta y velluda, de dedos gruesos y chatos.

—Me verá obligado a arrestarle, Shelby Bryan, por malos tratos a Eileen Diamond —avisó el más joven con voz glacial.

—Sí, hágalo —incitó el hombre de pelo oscuro, apresurándose a cruzar el camerino... y rodear con sus brazos a Eileen—. ¡Hágalo, federal!

Parpadeé, mirando a uno y otro. Luego, hablé con tono desabrido:

—Venga, hermanos, ¿de qué se trata ahora? Trato a Eileen como quiero. Fue mi novia. Y una perra embaucadora, que me envió a prisión.

—¡Ahora es *mi* novia! —chilló el tipo rechoncho y moreno—. ¡Y nadie molesta a la novia de Ricky Jalico! ¡Vamos, federal, deténgalo! ¡Es un puerco expresidiario, que quiere atemorizar a Eileen!

El muchacho rubio me miró fijamente. Era muy alto y atlético, aunque su esbeltez pareciera disimular eso. Tenía cierta nobleza en el rostro y en la mirada, a pesar de la dureza de su gesto habitual. Me miraba con aire de pocos amigos, ésta es la verdad. Pero no me resultó antipático.

—Bueno, yo no tengo jurisdicción para hacerlo —confesó al fin—. Pero puedo hacer que el teniente Arnold le arreste por malos tratos a una mujer. Un expresidiario, señor Bryan, es fácil de encerrar de nuevo. Le sorprenderá saber cuando llegue la ocasión, hasta qué punto resultan inadmisibles las protestas de inocencia del que ya estuvo en prisión por delinquir.

—¿Es usted realmente un federal? —pregunté torvamente.

—Sí. Arthur Dawes, de la Oficina Federal en Nueva York —se presentó modestamente el joven.

—¿Y qué pinta usted aquí, en el camerino de una *streak-tease*?

—Podría decirle que lo que me da la gana —sonrió fríamente—. Pero seré más educado con usted, Bryan. Tengo buenas amistades

por aquí. Gente que me ayuda, cuando mi oficina necesita cierta clase de datos.

—¿Cómo hace cuatro años, cuando me detuvieron a mí?

—Es un ejemplo. Yo no me ocupaba de aquel caso. Pero lo hacía un amigo mío, Edmond Kern. Yo le ayudé, ésa es la verdad. Kern me enseñó que resulta inapreciable la buena amistad de gente como Marlowe y otros clientes del «Club 900».

—No lo dudo. La policía basa su eficacia en la labor de los confidentes.

—¿Por qué no? Es un medio tan bueno como otro de llegar al fondo de las cuestiones, amigo mío. Y ahora, será mejor que salga. A no ser que la señorita Eileen quiera formular denuncia contra usted, por malos tratos... y amenazas de muerte. El señor Jalico y yo, le hemos oído claramente hace un momento.

—No denuncio a Shelby —dijo Eileen, entristecida, pero dejándose abrazar por el tipo bajo y moreno—. No podría hacerlo...

El federal me mostró el corredor. Salimos. Él cerró la puerta, dejando dentro a la pelirroja con Jalico. Eché a andar a su lado, hacia la salida de los camerinos a la sala del club.

—¿Quién es Jalico? ¿Otro de sus amigos, federal? —pregunté a Dawes.

—Sólo en cierto modo —rió él—. Jalico es un «pez gordo», Bryan. No se rebajaría a dar informes a la policía. Pero es buen amigo de todos, y señala a sus hombres cuándo deben cooperar.

—Es raro. Nunca oí hablar de él...

—Oh, Jalico siempre vive en la América hispana —confesó el federal, encogiéndose de hombros—. Le conocí durante un asunto en Puerto Rico. Su influencia me ayudó mucho, en la captura de unos traficantes de drogas. Ahora, mantengo su amistad.

—¿Y qué pinta él ahora, en Nueva York?

—No se lo he preguntado —rió el federal—. No sería diplomático, Bryan. Pero supongo que tendrá sus asuntos con Marlowe y esa gente. Jalico es uno de esos hombres de los que sabemos positivamente qué está mezclado en todo lo peor... pero no existe ni existirá jamás la menor prueba contra él.

—Una especie de Luciano o Al Capone, ¿no?

—Algo así. Al parecer, le ha gustado Eileen. Y la hizo su novia. Puede pagarse esos caprichos. ¿Está celoso, Bryan?

—¿Celoso? Oh, no. Eileen ya no significa nada. Terminó hace tiempo para mí.

—Pero ha vuelto a verla, ¿eh?

—Es diferente. Busco algo.

—¿Qué busca?

—La verdad.

—¿Qué verdad?

—La del robo de la *Transamerican*.

—¿No quedó ya archivado ese viejo asunto? —El federal me miró sardónicamente.

—No. No para mí, Dawes. Yo era inocente. Y pagué por otros.

—Ya pasó. Aunque así hubiera sido, ¿qué sacaría ahora con remover la ciénaga?

—Agitar la basura, levantar nuevamente los malos olores. A lo mejor, alguien da entonces un paso en falso. Y yo puedo reivindicar mi nombre.

—¿Cómo en los viejos folletines?

—Eso es. Como en los viejos folletines.

—¿Cuál es la verdad, según usted?

—Alguien robó a la *Transamerican*. Y me echó las culpas a mí. Como pudo haber elegido a otro.

—Sería absurdo. Se recuperó hasta el último dólar de la *Transamerican Corporation*. ¿Qué sacaría nadie con ese juego disparatado? ¿Encarcelarle a usted, para no ganar nada?

—O ganar dinero. Mucho dinero, Dawes.

Me estudió, parándose cerca de la cortina de salida la sala del «Club 900». Vi una luz singular en el fondo de sus ojos azules.

—¿Medio millón, Bryan? —preguntó de súbito.

—Sí —sostuve su mirada—. Medio millón.

—Veo que ha oído hablar de esa historia.

—Y usted también.

—Sí, lo he oído tanto, que he preguntado incluso a James Reynolds, actual presidente del consejo directivo de la *Transamerican*. Y he revisado sus libros, he interrogado a algunos de sus miembros, entre ellos al antiguo presidente Edwards y al cajero Cameron W. Carroll.

—¿Y qué descubrió?

—Nada. Ese medio millón jamás fue robado por nadie. Es pura

utopía. No existía en las arcas de la *Transamerican*. Se robó estrictamente un millón. Ninguna sociedad, por importante que sea, puede encubrir medio millón en sus cuentas, ni hacer juegos de prestidigitación con él.

—Entonces, ¿qué beneficio sacó al ladrón con eso?

—Ninguno —el federal Dawes me miró fijamente—. Ninguno, Bryan. Por tanto, toda teoría carece de sentido. La única posible es la que todos sabemos ya: usted robó el dinero de la caja fuerte, y jugó su baza de imponerlo en diversos países de América, con nombres supuestos. El truco falló, y fue descubierto. Pagó por su delito. Y ahí termina el caso.

—Ahí termina el caso —dije con voz áspera—. Para la policía local, para ustedes, para la *Transamerican*... pero no para mí. Seguiré adelante, Dawes. Seguiré adelante, hasta dar con la verdad.

—Le repito ¿qué verdad?

—La única que hay. La razón de aquel robo. Y el nombre de su verdadero autor...

Le dejé atrás, y me adentré por la sala. Estaba furioso. Furioso conmigo mismo, con Eileen, con el federal y con todo el mundo.

Una vez más, las cosas volvían a aparecer como antes. Acusatorias para mí. Como si realmente hubiera sido yo el autor de aquel robo. Como si yo hubiera sido el hombre que recibió de Eileen la combinación de la caja fuerte de la *Transamerican*, y la forma de entrar en la Sociedad sin provocar la alarma.

Y yo sabía que todo eso era falso. Solamente yo lo podía saber. Solamente yo creía en mi inocencia. Para los demás, era culpable.

Para todos. Excepto para uno: el verdadero ladrón.

—¿Hyatt McNamara ha dicho? Sí, murió de accidente de automóvil. Ésta es su ficha, señor.

El empleado de la Sección de Accidentes de Tráfico, en el Departamento Central de Nueva York, me tendió la cartulina. Fechada cuatro años atrás, pocos días después de ingresar yo en prisión. Leí los textos que me interesaban:

«Hyatt McNamara. 45 años. Nacido en Lewinston, Estado de Maine. Estatura, cinco pies, cuatro pulgadas. Cabello, castaño, salpicado de gris. Ojos color café...

»Accidente de tráfico. Sobrevino a las diecinueve horas veintidós minutos del día... en la intersección de la Calle 46 y Octava Avenida.

»El accidente tuvo su fundamento en el choque de dos automóviles. Uno, era un camión de reparto de unos grandes almacenes. El otro, un turismo “Dodge” azul, cuyas matrículas se señalan más abajo. Ambos chocaron violentamente, con la desgraciada circunstancia de que Hyatt McNamara, al salir de un salón de limpiabotas, se hallara junto al bordillo, en el instante del choque, que tuvo lugar en ese mismo bordillo. Los dos coches saltaron, arrollando entre ambos a McNamara, en el momento de saltar a la acera. Sus heridas fueron tan graves, que falleció, cuando la ambulancia le conducía al hospital, sin que pudiera volver en sí...».

—Gracias —dije, devolviendo la cartulina—. Eso es todo.

Abandoné la Oficina de Tráfico. Respiré con fuerza, ya en la calle. Podía haber sido un accidente. O, como dijera Marlowe, un asesinato bien premeditado. La gente capaz de quedarse con medio millón de dólares, podía pagar muy bien a un chófer y a un conductor particular, para fingir el accidente. La *Mafia* hacía cosas peores, y nadie se preocupaba de descubrirlas.

Yo tenía mi propia idea sobre el caso. Y ésta no difería mucho de la de Alex Marlowe. A McNamara le habían matado premeditadamente. De ese modo, el único eslabón visible entre Marlowe y los auténticos ladrones del millón, desaparecía sin dejar el menor rastro delator.

Arrugué el ceño, deteniéndome a meditar, frente a la gran vidriera de un establecimiento de electrodomésticos. Aún quedaba alguien, sin embargo. Un enlace entre Marlowe, McNamara y los ladrones anónimos: Eileen.

Ella sabía algo. Ella, tal vez, obtuvo la combinación de la caja de la *Transamerican*. Para nadie era un secreto, y para mí menos, que cuando Eileen me concedió el honor de fijarse en mí, cuatro años atrás, Allyn Edwards, el entonces presidente de la *Transamerican*, era su amigo oficial. El hombre del que, tal vez por una

imprudencia de enamorado, obtuvo la combinación de la caja.

¿O... no fue una imprudencia?

Empecé a sentir que la cabeza me daba vueltas. Un camión de reparto a domicilio, un «Dodge» azul, McNamara muerto... Un millón recuperado. Medio millón hipotético, que pudo desaparecer o no existir realmente nunca... Y ahora, Eileen Diamond, la diosa del *strep-tease*, la Venus adorable de los *night-clubs* de segunda fila, mezclada con un tal Ricky Jalico, que residía habitualmente en Sudamérica, y que cuidaba de mantener buenas relaciones con la policía, metropolitana o Federal.

—Buen rompecabezas —gruñí, irritado—. ¿Cómo encajar esas piezas, de forma que tengan algún sentido?

Nadie iba a aclarárselo allí, al otro lado del cristal, y resolví apartarme de los televisores, los frigoríficos y los tocadiscos. Eran más modernos y estilizados que hacía cuatro años. Pero seguían siendo objetos inanimados, con los que uno no podía conversar.

No me había movido aún, cuando aquello sucedió. Me reconcilé con los inanimados elementos electrodomésticos, porque fue el espejo improvisado de la pantalla convexa de un televisor, lo que me salvó de morir.

Allí vi súbitamente reflejada la forma del automóvil que se me venía encima, saltando el bordillo de la acera, como si hubiera perdido el control de sus mandos. El vehículo brincó, mientras la gente profería gritos de alarma. Yo, sin volverme, advertí que el coche venía directamente sobre mí, enfilando vertiginosamente hacia el gran escaparate.

No había escapatoria. Por rápido que fuera, el coche lo sería más, abalanzándose sobre mí, cerrándome todo paso. Era como un asesino monstruoso, un rugiente criminal de hierro que iba a aplastarme sin remedio...

Hice lo único realmente posible que me cabía hacer, no dudé en absoluto para llevarlo a la práctica.

Me lancé contra la gran vidriera del escaparate, cubriéndome el rostro con ambos brazos, inclinada la cabeza, para protegerla lo más posible del formidable, brutal impacto con la gran luna transparente.

Fue como estrellarse en una superficie de hielo. Se quebró, con un estruendo ensordecedor, haciéndose mil pedazos, abriéndose una

enorme estrella quebrada, cuyas puntas hirientes rasgaron mis ropas y mi piel, pero permitieron a mi cuerpo rodar impetuoso sobre cien objetos electrodomésticos, costosos y pulcros, que debí desarbolar lamentablemente a mi paso, mientras mi cuerpo continuaba dando tumbos, penetrando por el escaparate, hasta salvar sus cortinas y rodar por el establecimiento, en medio de un griterío de estupor y alarma.

A mis espaldas, el automóvil se estrelló ruidosamente contra el escaparate, empujando en él su proa, y terminando de despedazarlo, tras mi primer impacto. Los gritos y carreras aumentaron de volumen en mis oídos.

Me moví en el suelo, ayudado por varias manos solícitas. Me incorporé, pesadamente, sacudiendo de mis ropas y cabello mil fragmentos de cristales y un fino polvillo como azúcar.

—¡Está herido! —dijo alguien.

—¡Sangra por las manos y la cara! —añadió otro.

—¡Y también se ha herido en el cuero cabelludo! ¡Vamos, traigan algo, alcohol o un desinfectante!

Traté de desasirme de todos ellos, y lo logré en parte. Me interesaba más el automóvil que mi propia suerte actual. Estaba seguro de que era un «Dodge». Un «Dodge» azul, como el que mató años atrás a Hyatt McNamara...

Alcancé a verlo ahora, desde la puerta del establecimiento, adonde llegué luchando con la pegajosa solicitud de aquella gente. Un motorista de la Policía de Tráfico se había detenido ya junto al automóvil azul. Se apresuraba a abrir la portezuela, empujada duramente a causa del choque, para buscar a su conductor. Yo no podía dejar de interesarme en eso. ¿Quién sería el que lanzó el vehículo contra mí? me preguntaba, mientras rechazaba una y otra vez las ofertas de ayuda de los presentes.

Logré eludirlos, al menos de momento, y correr al «Dodge» azul, para enterarme. El policía me miró, escudriñador.

—¿Es usted el hombre que estuvo a punto de ser aplastado contra el escaparate? —me preguntó.

—Sí, agente. Yo mismo.

—Pues le felicito, amigo. No sólo por haberse salvado, sino por lo que hizo. Creo que era la única forma de salvarse...

—Sí, eso creo. ¿Sabe ya de quién es ese automóvil, agente?

—No, pero pronto lo sabremos. ¿Va a hacer reclamación por negligencia criminal, señor?

—Es muy posible que sí. ¿Le ayudo a abrir la portezuela?

—Bueno, si se siente con fuerzas, está bien. Nadie tiene más derecho que usted a interesarse en esto...

Le ayudé. Mientras lo estaba haciendo, a tirones con la portezuela, el interior del coche sólo nos mostraba un cuerpo abatido sobre el volante, cuyo rostro aspecto físico resultaba difícil de descubrir a causa de su posición y de la nula visibilidad de los cristales, convertidos en escarcha por la rotura del choque.

—Mire, la tarjeta de registro del automóvil, es visible —informó el policía—. Va extendida a nombre de... de un tal Ricardo Jalico. El coche tiene matrícula de Florida...

¡Ricky Jalico, el hombre moreno y diabólico, el amigo de Eileen!

La noticia me dejó perplejo. Pero no logró mermar mis fuerzas. Un tirón brusco, repentino, dejó la portezuela abierta. El policía se precipitó por el hueco antes que yo. Se inclinó sobre la persona que manejó el volante contra mí.

—¿Y bien? —pregunté—. ¿Es un tipo moreno, de cejas gruesas y ojos estrechos, agente? —pregunté—. También es posible que lleve una sortija con una esmerada, en su mano derecha, y...

—No siga —cortó el policía, volviéndose a mí—. No coincide nada de eso. Es una mujer. Una mujer joven y bonita. Está inconsciente, herida contra el volante... Llame a una ambulancia, ¿quiere? O pida a alguien que lo haga. Les llevaremos a los dos a un hospital...

Salí del coche con su conductor. Tenía razón. Era una mujer morena, joven y esbelta, vestida de oscuro. Una mujer a la que yo no había visto nunca.

CAPÍTULO III

CORAL

—Coral. Rita Coral.

—¿Es su nombre?

—Sí, es su nombre. Pero no su apellido. Se llama Rita Coral Palmeros.

—Ya. Nombre compuesto. Y apellido latino.

—Como los nombres —suspiró el policía, tirando encima de la mesa el bolso de la conductora del «Dodge», con todas sus pertenencias—. ¿Y está seguro de que no la conoce?

—Segurísimo. Nunca la vi antes de ahora.

—Pero usted sostiene que ella quiso matarle.

—Sí.

—¿Va a hacer esa denuncia formal?

—No.

Me miró como si yo estuviera loco. Y quizá tenía su buena razón para pensarlo.

—No lo entiendo —confesó—. Pero yo haré mi informe en ese sentido.

—Está bien, hágalo. Yo no puedo decirle que fue un accidente. Ese mismo coche debió intervenir ya en otro «accidente», hace cuatro años. Compruébelo. Entonces mataron a un tipo llamado McNamara, en el cruce de la Cuarenta y Seis de la Octava Avenida.

—Lo estudiaremos también —el policía de tráfico hizo unas rápidas anotaciones—. Pero el asunto es serio, señor Bryan. Si intentaron matarle, debe denunciarlo.

—Estoy harto de asuntos policiales —suspiré—. Usted ha visto por qué.

—Sí —enarcó las cejas, recordando mi documentación, vista

poco antes—. Le comprendo muy bien. Pero si va a seguir siendo víctima de atentados, será mejor que vuelva a la cárcel. Aquello es más seguro, ¿no cree?

—Empiezo a pensar que sí. Tal vez lo piense mejor, y mate a alguien. Será la forma de volver allá por más tiempo.

—Cuidado —sonrió el policía, siguiendo la broma—. No se le vaya la mano, y lo que consiga sea ir a la cámara de Sing-Sing...

¿Va a salir del hospital ahora?

—Todavía no lo sé.

—Si sale, vendrá conmigo a Jefatura. Lo siento, pero habrá que tramitar todo lo relacionado con el incidente y...

—En ese caso, prefiero quedarme hoy en el hospital. Ya iré mañana.

—Como quiera —suspiró el agente, levantándose—. El médico le autorizará a quedarse un día entero, por miedo a los efectos del *shock* y todo eso. Puede comer y dormir bien, hasta mañana. Entonces, vendré a buscarle e iremos a Jefatura, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, amigo. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Fue hacia la puerta. De pronto, recordé algo. Y le detuve con mi pregunta:

—¡Eh, un momento! —llamé. Se paró, volviéndose, en espera de lo que me movía a requerirle. Pregunté, con una fría sonrisa—: ¿Y la chica? ¿Cómo está?

—¿Rita Coral Palmeros?

—Sí, eso es.

—Bien —sonrió—. Sólo sufría un fuerte *shock* y algunas heridas, producidas al chocar con el volante. Nada serio, según el doctor Bates. ¿Se alegra?

—Aún no lo sé. ¿Seguro que la chica iba sola en el coche, cuando se produjo el accidente?

—Eso parece. No creo que pudiera salir nadie de la cabina delantera, antes del choque. Y es imposible que saliera después, porque las portezuela quedaron empotradas.

—Pero no sería imposible que hubiera podido suceder *antes* del impacto, ¿no?

—Hombre, tanto como imposible...

—Gracias, amigo. Eso es todo —suspiré, encaminándome de nuevo a mi lecho, en el hospital—. Ahora, voy a seguir mi reposo clínico, como un buen chico.

El agente me miró, intrigado. Parecía extrañarle que yo aceptara el internamiento en el establecimiento sanitario, ni siquiera por un día. No le daba la impresión de sufrir *shock* traumático alguno, y tenía razón. Me encontraba perfectamente, a excepción de la desagradable sensación dolorosa de los profundos arañazos que el cristal hizo en mis manos y cara. Pero eso no necesitaba hospital.

Temí que pudiera sospechar la verdad. Porque, ciertamente, cuando un exrecluso acepta internarse en un sitio sin existir motivos serios para ello, es porque planea algo.

Y yo planeaba algo, ésa era la verdad.

Rita Coral Palmeros era algo más que bonita y esbelta. Uno podía darse cuenta, cuando la miraba detalladamente.

Tenía un cabello negro y abundante, unos ojos oscuros y unos labios muy rojos y carnosos, como detalles destacados de su rostro moreno, casi ocre. Tenía también una figura menuda y esbelta, pero prieta de carne morena, ondulante, de acentuadas caderas, brevísima cintura y erecto, belicoso busto.

La vi sentada en su lecho, mirándome con ojos grandes y profundos, que no parecieron experimentar la menor emoción especial al advertir mi presencia. Teniendo en cuenta que sus manos al volante habían estado a punto de convertirme en un cliente de la Morgue, la cosa resultaba francamente rara. Pero yo quería saber algo más sobre ella y aquélla era mi ocasión.

—Hola —le dije.

—Hola —respondió ella. Y su acento era claramente latino.

Quise darle la sorpresa. Hablé español.

—¿Se encuentra mejor? —pregunté, en limpio idioma hispano.

La sorprendí, ciertamente. Parpadeó, mirándome con perplejidad. Sonrió.

—Sí, estoy mejor —respondió, también en español—. Gracias, señor...

—Bryan. Shelby Bryan —dije, observando su gesto, en busca de una reacción. Pero no la hubo, o yo no supe verla; o ella la disimuló con un arte que haría palidecer de envidia a Sarah Bernhard—. ¿Ha

oído hablar de mí alguna vez?

—No... Creo que no —dijo, meneando la morena cabeza negativamente.

—¿Y a Ricky Jalico? ¿Le conoce? —espeté abruptamente, sin dejar de mirarla.

Me llevé un chasco. Un buen chasco. Ella ni se inmutó.

—¿Jalico ha dicho? —volvió a negar lentamente. Sus oscuros ojos podían mentir, sin que uno lo advirtiera. Pero si lo hacía, era una comediante de primera fila—. Me temo no saber tampoco nada de ese nombre, señor Bryan.

—Usted iba en su coche —acusé, apretando a fondo el acelerador de mis preguntas—. Usted se lanzó sobre mí, manejando el volante del «Dodge» azul de Jalico. ¿Tampoco sabía eso?

—No —negó ella, con una ingenuidad increíble—. No lo sabía...

O me tomaba el pelo, o algo andaba mal en todo aquello. Empecé a sentirme enfurecido, lo bastante como para darla una buena paliza, hasta que recordase. Me dominé a duras penas, insistiendo, pacientemente:

—Bueno, es posible que no lo supiera. Pero entonces, ¿qué le sucedió? ¿Por qué iba en el automóvil de un hombre que no conoce? ¿Qué diablos significa todo eso, y por qué se lanzó repentinamente sobre mí?

—No lo sé. Yo no me lancé sobre nadie, yo no sé nada de nada... —gimió Rita Coral Palmeros—. No le comprendo nada, señor...

—¡Infiernos, empiezo a perder la paciencia! —mascullé—. ¿Es que quiere tomarme el pelo?

—Lo siento, señor. No me burlo de usted —movió la cabeza, de un lado a otro—. Yo... yo... no sé nada. NO RECUERDO NADA...

Se tocó la cabeza, rompió a llorar de pronto, y añadió patéticamente:

—¡He perdido la memoria! ¡No recuerdo nada! ¡Nada...!

—Vamos, hermana —dije cínicamente, tras un silencio—. A otro perro con ese hueso. ¿Es que cree que voy a tragarme esa mentira? ¡Usted recuerda muy bien todo, Rita Coral Palmeros! ¡Déjese de fingir, maldita sea...!

—¿Por qué no sale inmediatamente de aquí, señor Bryan, y deja de torturar a mi paciente? —dijo una voz inesperada, a espaldas

mías.

Una voz serena y dura a la vez, la del doctor Bates. Me hizo callar y volverme, dominando mi irritación.

El doctor Bates me contempló severamente, a través de sus gafas montadas sobre delgado oro. Me sentí intimidado, casi avergonzado.

—Lo siento —dije con humildad—. Creo que he abusado de su permiso de visita...

—Sí. Y de un modo lamentable, señor. Le autoricé a ver a la paciente, porque me aseguró que la conocía y deseaba ayudarla. Yo he creído en su palabra. Veo que hice mal. La está torturando, interrogándola exhaustivamente, irritando sus nervios, en un momento en que necesita calma, atenciones y suavidad de trato.

—¡Ella miente, doctor! ¡Ella no ha perdido la memoria! —grité furioso—. ¡Me atropelló *intencionadamente* con un coche, intentó matarme! ¡Y ahora se escuda, afirmando que lo olvidó todo!

—Señor Bryan, su acusación es muy grave. Pero debe formularla ante la policía, no ante un médico —manifestó secamente el doctor Bates—. Mi misión consiste en curarla a ella y a usted, sin distinción alguna. Allá la Ley después, con unos y con otros. Ahora, vuelva a su habitación, por favor. O tendré que expulsarle de mi establecimiento.

—Doctor Bates, esto es muy importante —dije, ya cuando abandonaba la estancia. Me paré a cosa de unas pulgadas de él—. ¿Me podría usted asegurar que ella ha perdido *realmente* la memoria?

El médico me estudió fríamente. No leí nada especial en sus ojos.

—Mi querido señor Bryan, nunca se puede diagnosticar concretamente en casos así. El médico se deja guiar por su paciente, eso es todo. Pero siempre se hace un examen clínico a fondo, de todo aquel que afirma sufrir amnesia. Desde que la gente de Hollywood abusó tanto de esa enfermedad, perfectamente natural por otro lado, en cierta especie de estados de *postshock*, la amnesia se ha desprestigiado, convirtiéndose en algo así como un mal de charlatanes y farsantes. Sin embargo, no siempre es así. Una impresión fuerte, puede provocar una pérdida de memoria. Ciertas drogas, al actuar sobre determinados puntos del cerebro, también.

Claro que el paciente puede engañar a su médico, fingiendo no recordar nada, pero necesitaría ser muy hábil para eso. Los exámenes del médico, a veces resultan reveladores. Hoy en día existen encefalogramas, análisis, estudios siquiátricos... No, no tiene razón en mostrarse suspicaz. No sé si esa muchacha trató de matarle o no; no sé si lo hizo en su estado normal o si ya entonces no era ella misma la que conducía el coche. Lo que sí sé, es que todo ha dado un mismo resultado: positivo.

—Positivo... ¿en qué sentido? —indagué.

—En el que a usted le interesa tanto —señaló a Rita Coral Palmeros—. Ella está realmente amnésica. No recuerda nada. Está como en éxtasis. Sin saber su nombre, de dónde llegó, quién es y qué hace aquí.

—Cielos... —Moví la cabeza, con desaliento—. Como en las viejas películas...

—Sí. Como en las viejas películas. Ya se lo dije antes.

—Eso... eso trastorna todas mis ideas —suspiré, confuso—. No sé... no sé por dónde empezar..., Me quedo en el hospital para hablar con ella, para sonsacarle algo, para saber por qué una chica hermosa, encantadora... y a la que jamás vi antes de ahora... tuvo interés en matarme. Veo que perdí el tiempo, doctor.

—Sí, perdió el tiempo. Y lo perderá más aún, si sigue aquí —miró a la paciente, que se había tendido en el lecho, cerrando los ojos, aunque evidentemente no dormía—. Ella se va.

—¿Se va? —Le miré sin comprender.

—Ahora mismo, dentro de un par de horas, tres lo más tardar.

—¿A dónde va?

—A una clínica particular. Su tío viene a recogerla.

—Su... ¿su tío?

—Sí. Bruno Palmeros. Al parecer, es un rico hacendado en algún país del Caribe. Enviarán una ambulancia privada, para trasladarla a una clínica particular de pacientes millonarios. No podemos negarnos, señor Bryan. Ni la policía tampoco... Supongo que si quiere presentar usted sus reclamaciones legales, podrá hacerlo allí.

—Sí, supongo que sí —dije abruptamente, alejándome de allí.

Estaba allí. Hasta entonces, no había creído en él.

Pero Bruno Palmeros no era una ficción. Existía. Era bajo, bronceado, de pelo gris, casi blanco en algunos puntos, ojos oscuros,

boca carnosa y nariz achatada. Había cientos, miles como él, en cualquier lugar del Caribe. El trópico parecía salirle por los poros, exudar calor y exotismo.

Bruno Palmeros, un hombre rico del trópico. El tío de Rita Carol, la muchacha que me quiso matar. La muchacha que había perdido la memoria.

Cerré el volumen de «Quién es Quién», ilustrado con fotografías, heráldicas y árboles genealógicos. Me sentí fatigado. Y furioso. No sabía por qué ni con quién, pero furioso. Supongo que esas cosas no pueden evitarse.

Todo aquello carecía de sentido. El ataque del vehículo, intentando aplastarme, la presencia de una muchacha con quien no parecía ligarme nada que justificara aquel atentado. Luego, la amnesia de ella, y finalmente la aparición de un tío rico, prestigioso, una personalidad en Sur y Centroamérica. Un tío que se llevaba a Coral consigo, a una clínica privada.

Pero el automóvil agresor era propiedad de Ricky Jalico, como lo fue sin duda el que mató años atrás Hyatt McNamara, el hombre que sabía quién tenía el dinero robado en la *Transamerican*. Y ahora, Ricky Jalico era el amigo de turno de Eileen Diamond, la chica que antes fue mi amiga... y también de Allyn Edwards, el expresidente de la *Transamerican*.

Luego, había medio millón desaparecido. Medio millón que la *Transamerican* negaba poseer en aquel momento en caja. Pero que, a no dudar, existía. Y estaba en manos de alguien.

¿De quién?

Había una serie de nombres que podían responder a esa pregunta: el propio Allyn Edwards, el excajero Cameron W. Carroll, Alex Marlowe, que podía ser algo más que el intermediario que aseguraba ser. Y también, por supuesto, podía ser el misterioso y extraño Ricky Jalico quien dirigiera el tinglado desde la sombra, moviendo los hilos de las marionetas de aquel alucinante *guignol* en que yo estaba metido, como un pelele más.

Salí de la biblioteca pública en que me había metido, al salir del hospital. No me sentía particularmente feliz por mis descubrimientos. Éstos tenían la endiablada virtud —si se le podía llamar así— de ir complicando más y más las cosas, en vez de aclarar en algún sentido el panorama.

Llamé a un taxi que pasaba, y le di una dirección. Poco después, el vehículo de alquiler me dejaba en la Oficina Federal. Y unos momentos más tarde, me hallaba sentado frente al joven Arthur Dawes, agente del *Federal Bureau of Investigation*.

—¿Qué sucede, Bryan? —se interesó el federal, estudiándome curiosamente.

—Usted debe saber lo que sucedió. Intentaron matarme.

—Oh, he leído el boletín de la policía. Al parecer, fue accidente.

—¿Accidente? —Enarqué las cejas, con gesto irritado.

—Eso dice el boletín —sonrió Dawes.

—¡Al diablo el boletín y la policía! —Me enfurecí—. ¡Fue intencionado! ¡Pudieron matarme!

—¿Por qué quisieron matarle? Creo que conducía una muchacha sudamericana. ¿La conocía de algo?

—No.

—¿Entonces? ¿Por qué había de intentar un asesinato en su persona?

—No lo sé, Dawes. Es misión suya descubrirlo. Pero al parecer, un exconvicto no es un ser humano para ustedes, sino una especie de escoria que no importa la suerte que pueda correr.

—No hable así —se endureció su mirada—. Comprendo que se sienta amargado. Es lo que les ocurre a todos los que salen del lugar donde usted estuvo. Pero debe razonar, ser comprensible y no dejarse cegar por su rencor hacia la sociedad y la Ley. Esa chica del automóvil sufrió al parecer un fuerte *shock*, y ha perdido la memoria. Por añadidura, dicen los informes médicos que he leído, que es muy posible que la muchacha no se hallara en circunstancias normales.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Yo no digo nada. Me limito a lo que cuentan los médicos de la policía. La chica estaba como sometida una especie de *shock*, desvanecimiento o cosa parecida, que le impidió controlar el vehículo.

—Es falso. ¡Falso, Dawes!

—Muy bien —se encogió de hombros—. Usted dice eso. Los médicos, otra cosa. ¿Quién tiene la razón? Los médicos no tienen razón para mentir ni para perjudicarle a usted, por muy expresidiario que sea.

—Sus razonamientos están llenos de buen sentido. Pero no va a convencerme. Yo sé que si aquello sucedió, fue porque yo estorbo a alguien.

—¿A quién?

—No lo sé. Sucedió después de haberme estado informando en la Oficina de Tráfico, sobre la muerte de un tal Hyatt McNamara, ocurrida a poco de ser yo encarcelado. ¿Sabe que le atropelló un «Dodge» azul, como el que me arrolló a mí, y que posiblemente era el mismo?

—Escuche, Bryan, está usted metiéndose en muchos líos —advirtió Dawes gravemente—. El investigar las cosas, es tarea de la policía, no suya.

—Yo no robé aquel dinero, y he pagado con la prisión. Cuatro años, siendo inocente de lo ocurrido. ¿No es suficiente, para no confiar más en la policía, y tratar de hallar por mí mismo la razón de todo esto, y la verdad que me devolvería el honor y la dignidad perdidos?

—Atiéndame ahora, Bryan. No es cuestión mía saber si fue inocente o culpable. Se le juzgó y le condenaron. La responsabilidad es de los jueces. Pero sí es cosa mía avisarle de algo. Ricky Jalico no es ningún santo, todos lo sabemos. Pero eso no quiere decir que cometa asesinatos o ande enviando gente inocente a la cárcel.

—Ricky Jalico es dueño de ese «Dodge» azul. Jalico es ahora amigo de Eileen Diamond. ¿No le resulta raro todo eso? Demasiado raro para ser pura coincidencia, ¿no?

—Me tiene sin cuidado —Dawes se encogió de hombros—. Jalico puede permitirse el lujo de tener varias amigas. Puede serlo Eileen, Coral... y cien más. Por cierto, que Jalico tiene buen gusto. Siempre elige chicas bonitas. Creo que ése es el punto de coincidencia entre lo que usted dice. Eileen y Rita Coral son bonitas. Eso es todo.

—¿De modo que no va a intervenir? —Me incorporé, dominando mi enfado.

—¿En qué?

—En todo esto que está ocurriendo.

—Lo siento, Bryan. No es cosa mía. El robo de la *Transamerican*, por ser una empresa internacional, correspondía al F. B. I.

Ahora, eso pasó a la historia.

—¿Y el medio millón? Era de la *Transamerican*.

—El medio millón... —suspiró Dawes—. He oído hablar de él hasta la saciedad, Bryan. Pero también he oído hablar de los «platillos volantes», y, sin embargo, no tengo la menor evidencia de que existan. ¿Lo dejamos así de una vez? Será mejor no andar removiendo el pasado. Comprendo que se aferre usted a cualquier cosa, en busca de una rehabilitación y, tal vez, de una compensación económica del Gobierno, por esos cuatro años de prisión. Pero no sacaré nada, Bryan. Será mejor que busque trabajo, se olvide de sus antiguas amistades y de todo esto que cree ver ahora. Es un buen consejo.

—Que no pienso seguir —me puse en pie. Dawes tenía la virtud de enfurecerme siempre—. Adiós, federal. A partir de ahora, no volveré a pedirle ayuda. Actuaré a mi modo. Y voy a empezar por el principio.

—¿De veras? —El agente del

F. B. I.

enarcó las cejas, endureciendo el gesto—. ¿Y puedo saber cuál será ese principio?

—La *Transamerican*... y Eileen Diamond —dije fríamente—. Creo que en ese binomio, está la clave de todo...

Salí del despacho, cerrando con aspereza tras de mí. Dejé a Arthur Dawes sentado allí, pensativo e indiferente. Como si se burlara de mí.

CAPÍTULO IV

EL PRINCIPIO... Y EL FIN

Allyn Edwards era un hombre altivo, arrogante, de aspecto noble, alta estatura y cabello gris plata, ondulado y bien peinado. Tenía el rostro afilado, sereno, dueño de sí, y unos fríos ojos azules, que sabían mirar con dureza penetrante.

Lo peor, era que Vivian estaba presente. Vivian Edwards, esposa de Allyn, expresidente de la *Transamerican Corporation*. Una mujer serena, de cabello castaño, de unos cuarenta años muy bien llevados, unos ojos profundos, una boca carnosa y firme, y unas piernas preciosas, enfundadas en medias color humo.

—Quisiera hablar con usted —dije—. A solas, señor Edwards.

—Hable ya —sonrió él—. Estamos a solas, señor Bryan.

Vacilé, dirigiendo una mirada a la esposa de Edwards. Ella me estudiaba, escudriñadora e inexpresiva. Era hermosa, sin duda. Y tenía algo inquietante, una feminidad felina, encerrada en su señorial aspecto.

—Es que... preferiría que fuese *totalmente* a solas. Sería mejor, señor Edwards.

—Si piensa hablar de Eileen Diamond, puede hacerlo libremente —sonrió ella con suavidad—. No va a escandalizarme, señor Bryan.

Tragué saliva. Aquello era nuevo para mí. Pero no podía volverme ya atrás. Miré fijamente a la esposa de Edwards, sin comentar nada. Luego, giré el rostro hacia éste, y comenté:

—Muy bien, señor Edwards. Ustedes sabrán lo que es mejor... —Respiré con fuerza, antes de continuar—: Usted me ha recibido enseguida de pasarle mi tarjeta. ¿Ha visto bien mi nombre?

—Muy bien, señor Bryan —sonrió él, aunque sus ojos seguían graves y fríos.

—¿Y sabe quién soy?

—Por supuesto. No es fácil que olvide su nombre mientras viva.

—Bien... —me recliné contra una mesa. No había aceptado sentarme, y ellos no habían vuelto a insistir—. Usted sabe que he pasado cinco años en prisión.

—Sí.

—Y que era inocente.

Edwards me estudió en silencio. Cambió una mirada con su mujer. Luego, habló con dificultad:

—Es natural que usted diga eso.

—Ahora carece de importancia decir lo que no es. Podría admitir que fui culpable. No me perjudicaría en nada, ¿no cree?

—No tengo por qué creer nada, señor Bryan. Si ha venido a eso, puedo anticiparle que resulta inútil esta charla y...

—Un momento —corté—. No he venido a hablar de mí, sino del millón de dólares. Y de Eileen Diamond. Usted le dio la combinación de la caja, ¿verdad?

—¡Señor Bryan! —Se irritó Edwards, irguiéndose muy ofendido.

—No te enfades, Allyn —cortó fríamente su esposa—. Sabes que fue así.

—¡Vivian! —Edwards se revolvió, estupefacto, mirando a su mujer con ira—. ¿Qué estás diciendo?

—Carece de sentido negar ahora esas cosas —le recordó Vivian con tono grave—. Y también hacerse el ofendido, Allyn. Todos saben la verdad. Esa mujerzuela te sacó la combinación de la caja. Así fue posible el robo.

Edwards inclinó la cabeza, como aplanado. Ella le miraba con desprecio, pero sin revelar ira o pasión en su gesto. Se había sentado en una butaca, cruzándose de piernas. Y éstas seguían siendo muy bonitas y llamativas. Las medias color humo realzaban su gracia.

—Gracias, señora Edwards —dije escuetamente—. Creo que la sinceridad mutua, simplificará mucho las cosas.

—Si siempre se fuese sincero, muchas infamias e injusticias no se cometerían —sentenció ella—. ¿Usted obtuvo ese número de Eileen Diamond, señor Bryan? ¿Fue el hombre que robó la caja de la Sociedad?

—No, señora Edwards —negué—. No fui yo. Le doy mi palabra,

aunque vale bien poco.

—Le creo —dijo tan inesperadamente como antes. Incluso me sonrió—. Sí, le creo, señor Bryan.

—Vivian, ¿pretendes mortificarme? —Se irritó su marido—. Bryan fue el culpable de aquel robo. Y no se llevó un millón, sino millón y medio, todos lo sabemos. Es ese medio millón, el que no se podía justificar ante el Fisco, el beneficio limpio que sacó el astuto ladrón. Ahora, Shelby Bryan podrá disfrutar de la vida con la fortuna sobrante. Ha venido a casa, exclusivamente para vengarse, para recordarnos que estuvo cinco años en la cárcel. Nos odia a todos por ese tiempo de cautiverio, y no sabe cómo dañar.

—Eso carece de sentido, querido —ironizó ella—. Si cometió el robo perfecto, reintegrando el dinero legalmente registrado por la Corporación, y quedándose con lo que no podíais vosotros denunciar, ¿para qué iba a quererse vengar de nadie, si los años de cárcel entrarían en sus cálculos previos?

—Su esposa es muy inteligente —le dije a Edwards—. Y muy bella. Cada vez entiendo menos cómo pudo liarse con una fulana como Eileen Diamond.

—Gracias —sonrió ella, mirándome con intensidad—. ¿No es usted novio de ella también?

—No. Fui algo suyo, antes de todo esto. Eileen me traicionó en muchas cosas. Es una chica ambiciosa y dura. Y yo era un pichoncillo entonces, aunque me creía un tipo despierto, señora Edwards. Ahí estuvo el mal. Ahora, me he apartado de toda esa gentuza. Pero no me apartaré del todo, hasta encontrar al que tiene el medio millón.

—Eso es interesante —ella se inclinó hacia mí. Tenía un escote en V su negro traje sencillo. Y comprobé que también tenía algo en ese escote. Bien formado y muy juvenil, para su edad—. Muy interesante, señor Bryan... y peligroso. Pueden ocuparse de cortarle el camino.

—Ya lo han intentado. Y puede que lo intenten más veces —reí, con dureza—. No me arredro.

—¿Sospecha de alguien, como ladrón del millón y medio? —intervino Edwards—. Suponiendo, claro está, que usted sea tan inocente como mi esposa se cree...

—Sospecho de una persona, Ricky Jalico. ¿Le conoce?

Edwards pegó un respingo. La señora Edwards no reveló emoción alguna.

—¡Jalico! —exclamó Allyn Edwards—. ¿Por qué precisamente él?

—De modo que le conoce...

—¡Cielos, si es uno de los principales dirigentes de nuestra cadena centroamericana! —masculó Edwards—. Sólo hay un hombre más fuerte que él, en nuestras empresas sudamericanas.

—¿Y es...?

—Bruno Palmeros —me espetó Edwards.

Parpadeé, sin responder. A la señora Edwards no le pasó por alto mi gesto. Pero no hizo comentarios. En vez de eso, se puso en pie. Avanzó hasta mí, con paso lento, y apoyó una mano en mi brazo.

—Señor Bryan, ¿cómo espera obtener la verdad? —me preguntó.

—Sonsacando a todo el mundo. Veo que hay mucha gente mezclada en esto. Entre ella anda la podredumbre que busco. Espero que su hedor me lleve hasta ella. La basura siempre huele mal, incluso bajo apariencias limpias y perfumadas —reí huecamente—. ¿Jalico y Palmeros tienen contacto personal, al frente de la *Transamerican* en Centroamérica?

—Sí, con frecuencia —asintió Edwards—. La *Transamerican* tiene una central importante en Miami, y otra que abarca todo el Caribe, en Cayo Tiburón, uno de los últimos Cayos de Florida. Desde allí, irradia su labor a Cuba, Méjico, Haití, República Dominicana, Puerto Rico y las Bahamas.

—Entendido —me mordí el labio inferior, reflexionando—. ¿Conque... Cayo Tiburón?

—Eso es. Uno de los Cayos más amplios, tras Cayo Largo y Cayo Oeste. Prácticamente, pertenece por entero a Ricky Jalico, que tiene allí sus haciendas y propiedades a las que acostumbra a retirarse en sus temporadas de descanso.

—¿Y Bruno Palmeros?

—Resulta curioso, pero tiene propiedades cerca de allí en Cayo Perla. A menos de media milla de distancia por mar, frente por frente al Cayo donde se hallaba la importante factoría y oficinas de la *Transamerican Corporation*. Son buenos vecinos y amigos los dos.

—Ya veo —suspiré—. Eso puede significar algo, aunque todavía

no sepa el qué.

—¿Qué piensa hacer ahora, Bryan? —preguntó ella parada junto a mí.

—Hay muchos hilos sueltos. Tomaré uno cualquiera de ellos —dije, pensativo—. Pero como he dicho ya a un cierto amigo mío, debe empezarse por el principio.

—¿Y cuál es ese principio?

—Ustedes eran una parte de él. Eileen es la otra... Eileen Diamond. Ella tomó el número de la caja, porque su esposo tuvo la debilidad de dársela. Alguien lo supo a través de ella. Quizá Eileen sea la única capaz de llevarme hasta ese alguien... Disculpen las molestias. Y buenas noches...

—Buenas noches, señor Bryan —dijo Edwards, con tono seco.

—Le deseo suerte —fue lo único que añadió ella, tendiéndome la mano.

Me sorprendió notar el calor con que oprimía la mía. Y aun cuando quise soltar su mano, ella la retuvo con firmeza. Me costó separarme de ella. Los ojos de la señora Edwards, me miraban, fijos y penetrantes. De un modo raro. No sé si quería avisarme de algo. O si a la despechada mujer de Edwards, le gustaba pagar a su marido con la misma moneda...

Pero yo era muy joven para ella, a pesar de todos sus encantos. Y me retiré apresuradamente, sin añadir nada más.

La puerta de los Edwards se cerró tras de mí. No envidié a aquel hombre. Allyn Edwards había cometido un error una vez. Y su esposa, aunque seguía a su lado, aunque fingiera ante la gente haber perdonado y olvidado... le odiaba. Le odiaba, y le despreciaba. De la forma en que sólo las mujeres son capaces de hacerlo, cuando han sido heridas en su orgullo femenino.

Todavía era pronto para encontrar a Eileen en el «Club 900». Pero en esta ocasión, obtuve su dirección particular. Uno de los hombre al servicio de Alex Marlowe me la proporcionó.

Un taxi me llevó desde el club hasta Riverside, donde ahora residía Eileen. El apartamento debía de ser lujoso, porque los «Hightowers Apartaments» tenían fama de caros y selectos. No era difícil saber quién pagaba aquello. Especialmente, conociendo a Eileen. Y yo la conocía muy bien. Especialmente ahora.

El taxi me dejó frente a los apartamentos Hightower. No sé si el

nombre lo tenían por el propietario del edificio, o porque éste era tan elevado[1]. Lo cierto es que la edificación no admitía confusiones, y a ella me dirigí directamente, con mi paso más largo y rápido. Que lo es bastante, porque mis piernas son largas y ágiles. Especialmente cuando hace falta que lo sean y lo sepan demostrar.

La puerta de la residencia era de esas que se abren cuando uno pulsa el botón de algún apartamento, y desde éste hacen funcionar el acceso al interior. Mala cosa, si Eileen se negaba a recibirme, lo cual era sumamente probable.

Pero evidentemente, la fortuna estaba de mi parte, Alguien había entrado antes que yo en el edificio, y el descuido de quien le abrió o del visitante, hizo que la puerta de entrada estuviese solamente entornada. Entré, sin pararme a llamar. Había un ascensor, que tomé hasta la planta nueve. Era donde había visto el apartamento de Eileen: exactamente el 919.

Una vez en la novena planta, busqué el 919. Estaba formando el rincón de una vuelta del corredor, exactamente. Un apartamento discreto y reservado, con sólo otros dos más allá, hasta el final del pasillo, que terminaba en una ventana, probablemente asomada a una escalera de incendios.

Pero la ventana trasera, la escalera de incendios y todo eso, me importaba un cuerno. Yo había ido a ver a Eileen. E iba a verla.

Me acerqué a la puerta provista de tres cifras en dorado: un nueve, un uno y un nueve. Apoyé el dedo sobre el timbre.

Sonó el zumbador tenue, amortiguado, dentro del departamento. Pero con la presión de mi dedo, sucedió algo más.

La puerta se entreabrió.

Otro descuido. Arrugué el ceño, sorprendido. Allí, a todo el mundo se le olvidaba cerrar las puertas. Eileen empezaba a hacerse algo distraída. Era raro, no estando en paz con su conciencia...

Avancé por el recibidor, resueltamente. Yo no soy hombre de grandes cumplidos. Especialmente, con una mujer como Eileen que, además de serme íntimamente familiar, no me inspiraba el menor respeto actualmente. Y no me avergonzaba por ello.

No había nadie en el recibidor, ni en el gabinete. No me había equivocado. La casa era suntuosa, confortable y moderna. Debía costar mucho, con aquellos muebles, aquellas alfombras y aquella instalación general, en la que no faltaba detalle, aire acondicionado,

decoración moderna y funcional, cortinas costosas, y todo lo que puede hacer una vivienda muy agradable.

Sólo que a Eileen Diamond, todo eso le tenía ya sin cuidado.

Lo supe al pisar la cocina, pulcra e impecable, como si nunca hubiera sido usada. Eileen estaba allí.

No pudo darme las buenas noches, ni echarme a patadas de su casa.

Estaba a medio vestir, con su ropa interior de nylon y una bata transparente, corta, del mismo tejido. Y estaba sentada en el suelo, reclinada contra un armario metálico, color verde manzana. Mirándome.

Pero no me veía. Estaba muerta.

Alguien la había hundido un cuchillo entre ambos senos. La sangre corría por entre éstos, secándose sobre su regazo y muslos, bajo el liviano nylon.

La habían asesinado.

—Será mejor que no se mueve, Bryan. O acompañará a la chica en su viaje a la Eternidad...

Me volví.

Había cometido dos errores. El primero, ir a ver a Eileen Diamond. El segundo, quedarme allí, junto a su cadáver, anonadado, y sin tener idea alguna del tiempo que transcurría. Aunque, ciertamente, no podía ser mucho.

Pero había sido el suficiente. Bastante para que el agente federal Arthur Dawes, apareciera a mi espalda.

Y empuñando un arma reglamentaria del cuerpo federal. Un arma que me encañonaba sin contemplaciones.

Y que dispararía en cuanto le diera el menor motivo para ello.

—Bueno —suspiré—. ¿Qué ha venido a hacer? ¿Arrestar a un inocente, o buscar a un culpable, señor federal?

Arthur Dawes me examinó fríamente, por encima del reflejo azulado de su arma. No me gustó la expresión de sus ojos cuando me miró, después de examinar a la pobre Eileen Diamond. Comprendí que debía parecer terriblemente sospechoso, inclinado junto a la chica muerta. La misma a quién yo había golpeado anteriormente.

La misma, en suma, que me había traicionado una vez, y a la que tenía yo motivos sobrados para asesinar si hubiera sido un

asesino. Sólo que yo no lo era. Pero eso no tenía por qué saberlo mi amigo Dawes, el hombre del

F. B. I.

—Estaba vigilando este apartamento desde hace horas —observó duramente Dawes—. Le vi entrar, y pensé lo peor. Veo que he acertado.

—Un momento. Vigilaba el apartamento, ¿eh? ¿Y no vio entrar al asesino?

—Ya se lo he dicho. Le vi entrar a usted.

—Yo no la asesiné.

—Es lo que se dice siempre —suspiró, hastiado—. ¿Espera que me lo crea?

—No, no lo espero —corté, con ira—. Pero si vigilaba esto, creo que habrá visto entrar a alguien más en esta pieza, en este edificio. Alguien, conocido de Eileen. Alguien que pudo tener interés en matarla.

—¿Quién? —Y había un tono de burla en la voz de Dawes al preguntar.

—¿Y yo qué mil diablos sé? —Me enfurecí—. Pudo ser Allyn Edwards. O James Reynolds. O Alex Marlowe, o Ricky Jalico... o Bruno Palmeros...

—Muy interesante todo —sonrió Dawes—. Una larga lista de sospechosos. Podría ser cualquiera de ellos. Sólo que NINGUNO de ellos ha aparecido por aquí, Bryan. Eso es una razón contundente, ¿no?

—¡Eileen estaba muerta cuando yo entré! —dije con aspereza.

—¿Qué otra cosa va a decir? —Enarcó las cejas—. Mire, Bryan. Sangró hasta hace poco. Todavía no está rígida. Ni la sangre se ha secado, salvo la que tiene en las piernas, que empieza a coagularse. Aún brota sangre de su pecho, ¿no?

No necesitaba mirar a Eileen para saber que era así. El federal me había cogido bien. Yo sabía que ella llevaba muerta muy poco tiempo. Tan poco, que debí pisarle los talones al asesino. Pero era inútil tratar de convencer a Dawes. El federal era demasiado joven e impetuoso. Sabía que me tenía cogido, y que yo no poseía mucha defensa. Su fácil triunfo se le había subido a la cabeza, y nadie se lo bajaría de allí.

—Muy bien —extendí las manos, con una crispación rabiosa—.

Adelante con su hazaña, Dawes. Soy su hombre, al parecer. Se cubrirá de gloria ante sus jefes de Washington, y un asesino quedará en libertad. Pero sé que es inútil disuadirle. Vamos ya... Soy fácil presa para cualquiera. Exconvicto, exladrón y hombre violento, de mala fama. Le felicito, Dawes. Quizá mi ejecución le ayude en su carrera.

Arthur Dawes no se ablandó ni demostró emoción alguna. Se adelantó hacia mí, con el arma en sus manos, adelantándola ligeramente, con un brusco gesto previsor, que tal vez hubiera intimidado a cualquiera. O así lo esperaba él.

Pero yo no tenía nada que perder ya. Si me encerraban, sería juzgado por asesinato en primer grado. Y condenado. Sé lo que influyen en un juicio los antecedentes.

De modo que me lo jugué todo a una carta. Sin importarme quién ganara la partida.

Me tiré súbitamente sobre Dawes. Tan inesperada, tan rudamente, que el arma escapó de sus manos, sin dispararse. Rodó por el suelo, a mis espaldas, mientras yo caía encima del joven federal. Era fuerte, elástico y duro. Pero yo también. Y él era más joven, menos experto. Lo derribé de dos impactos formidables. Luego, hiqué mi rodilla en su estómago, sin contemplaciones. Jadeó, pegándose duro. Pero encajó bien. Finté su último acoso, y él no pudo faltar el mío. Le martilleé brutalmente la cara, el cuello y el hígado.

Perdió el aliento y casi el sentido. Luego, lo perdió del todo cuando uní mis dos manos y le sacudí el último mazazo sobre el puente de su nariz. Derramó sangre abundante por las fosas nasales, y se quedó inerte.

Me levanté, jadeando. Fui a por su revólver y lo guardé en el bolsillo. Miré a Eileen. Estaba bonita, incluso muerta. Moví la cabeza, contrariado.

—Es lo malo de vivir mal, pequeña —dije, como responso—. Se muere mal...

No había terminado allí. Encontré cuerdas y esparadrapos en la alacena. Ligué y amordacé a conciencia a Arthur Dawes, del F. B. I.

Estaba cometiendo un delito, pero uno más, ya no importaba demasiado.

Salí del piso tranquilamente, dejando en él a Arthur Dawes, con la pobre Eileen. No se harían mucha compañía mutuamente, pero eso me tenía sin cuidado. Lo que yo quería era estar libre.

Tener aún unas horas, unos días de libertad. Los suficientes para indagar, para seguir buscando.

Para seguir buscando a un ladrón. Y a un asesino. Y también una cantidad respetable de dinero: medio millón de dólares.

Y yo creía tener una idea, una teoría.

Creía saber dónde buscar todo eso. Lo importante, era que pudiera llegar allí.

Disponía de poco tiempo. Todo el que Arthur Dawes necesitara para libertarse e iniciar la búsqueda. Y para encontrarme, claro está.

Pero ante todo, necesitaba salir de la ciudad, del Estado. Ir a dónde yo quería. Para ello, necesitaba nombre supuesto, dinero... amigos y trampas. Todo eso, esperaba tenerlo. De alguien que estaba tan interesado como yo, sin duda, en que el medio millón apareciese, y su nombre quedara libre de sombras de sospecha.

Ese hombre era el antiguo director de la *Panamerican*, Allyn Edwards.

CAPÍTULO V

TRÓPICO

Me enjuagué el sudor. Corría por mi frente como agua. Empapaba mi camisa color crema, de tenue hilo. Me abaniqué un poco, con un sombrero de paja que cubría mi cabeza, cuando el rigor del sol era excesivo. Y ahora, lo era.

Bostecé, desperezándome sobre la arena, entre los riscos de la costa. Contemplé el mar, tan azul y terso como una lámina de acero, tan perezoso y cansado como yo mismo. Aquel sol abrasador, era capaz de terminar con las energías de todo lo que tocaba.

Pensé en muchas cosas. En Nueva York, en Eileen Diamond, muerta en su apartamento, en el federal Arthur Dawes, vigilando la casa sin ver entrar al verdadero asesino. En medio millón de dólares, en Hyatt McNamara, muerto años atrás, y en una muchacha, Rita Coral Palmeros, que iba en el automóvil que trató de aplastarme, y que parecía haber perdido la memoria, tras el accidente, sucedido en un coche propiedad de Ricky Jalico, el prohombre de los trópicos.

Allyn Edwards, presidente antiguo de la *Transamerican Corporation*, cuando el famoso robo del millón de dólares, que no fue tal, sino uno y medio en la realidad, me había ayudado al fin. Quizá porque su esposa, la señora Edwards, no estaba en mi segunda visita.

Se asustó al saber la muerte de Eileen. Temía verse en otro lío. Me dio dinero en metálico. Suficiente para comprar documentos falsos, un nombre supuesto, y un pasaje a Florida.

Ahora estaba allí, en Florida. Con un nombre supuesto, que esperaba fuese eficaz por cierto tiempo, no mucho. El suficiente, al menos, para salir de aquel enredo, pudiendo mostrar a la Ley un

culpable auténtico: la persona que mató a Eileen, quizá también a McNamara... y que había robado millón y medio de dólares, cinco años atrás.

Edwards tenía mi promesa de que no volvería a molestarle hasta que volviera a verle, con la tranquilidad de estar al margen de toda acusación, y quizá con el dinero desaparecido. Yo sabía que era prometer mucho. Pero si no llegaba a cumplirlo, sería porque estaría muerto. Asesinado como Eileen... o ejecutado en la silla eléctrica, por un crimen que no había cometido.

Antes de abandonar Nueva York, solamente había realizado una pesquisa: investigar el paradero de Rita Coral Palmeros, trasladada por orden de su padre a una clínica privada. Pero en ninguna clínica, de todas las que figuraban en el listín telefónico de Nueva York, tras dos horas y media exhaustivas, de llamadas a un sitio y otro, se hallaba paciente alguna llamada así, ni había ingresado amnésica alguna en la fecha señalada.

Por tanto, Rita Coral Palmeros había desaparecido, Y, sorprendiéndome a mí mismo, me di cuenta de que ello no me extrañaba demasiado. Casi lo había sentido ya, antes de hacer aquella serie de llamadas.

Rita Coral era un elemento importante en la partida de ajedrez empeñada con el personaje que se ocultaba en las sombras. Y ese personaje había procurado desviarla de mi camino, hacer desaparecer la pieza que podía conducirme al rey enemigo, en un jaque súbito y dramático.

¿Fue su propio tío realmente, el poderoso Bruno Palmeros quien la hizo desaparecer? ¿O acaso Ricky Jalico, el novio de Eileen, el prohombre de gran fortuna, mezclado en asuntos turbios, y que, al igual que Palmeros, tenía su cuartel general en los Cayos de Florida, en pleno trópico atlántico?

¿O... existía una tercera persona, interesada en la desaparición de Rita Coral?

Ése era uno de los puntos a descifrar. Por eso estaba en el trópico ahora. Bajo aquel sol ardiente, desperezándome, sudoroso y cansado. Preguntándome si, a fin de cuentas, hallaría allí la solución, en las luminosas costas de Florida. O si aquélla sería la radiante, cálida antesala de un lugar mucho más ardiente y mortífero: la silla eléctrica...

Cayo Tiburón era una isla larga, muy larga, uno de los Cayos extremos de Florida, en la amplia bahía sobre la teórica línea del Trópico de Cáncer. A no más de media milla al frente, tal y como dijera Allyn Edwards, estaba Cayo Perla, mucho más reducido y corto, con la residencia amplia y lujosa de Bruno Palmeros.

Me detuve en la orilla arenosa, contemplando bajo el ala de mi sombrero de paja muy encogidas las pupilas para no sentir las heridas por el crudo sol de la tarde, la corta forma de Cayo Perla. Posiblemente desde el aire tuviera la forma de una gota o lágrima. De ahí su nombre, dictado por el espíritu siempre poético de los trópicos. En cambio, Cayo Tiburón, no tenía la forma de un escualo precisamente. Pero quizá el auténtico «tiburón» fuese su propietario casi absoluto, el omnipotente Ricky Jalico...

Mientras Cayo Tiburón tenía dos poblaciones de relativa importancia, llamadas Estrecho y Bahama View, Cayo Perla sólo tenía un pequeño poblado, de significativo nombre: Palmeros Beach. El tío de Rita Coral, no era precisamente humilde en sus cosas...

Me resultaba más cómodo residir en Cayo Tiburón. Había más gente, en especial empleados y trabajadores de la *Transamerican* o de la amplia estancia de Jalico, así como marineros, comerciantes, viajeros, turistas, escritores y reporteros europeos o sudamericanos. Un lugar cosmopolita, como Trinidad, por ejemplo. Allí, pasaba más desapercibido, con mi traje crudo, de hilo, mi sombrero de paja, mi aire perezoso, mis gafas oscuras y mi barba mal cuidada. Era uno de tantos, y no me diferenciaba de cualquier otro tipo de los trópicos.

Pero mi objetivo inmediato no era Cayo Tiburón, sino el otro, el vecino, Cayo Perla.

Así, un día, cuando llevaba tres en Bahama View, alquilé una canoa automóvil. Había muchas para tal menester, en los embarcaderos de madera de la población. Todas propiedades del «Jalico Touring Club», naturalmente.

Así me encaminé a Cayo Perla, reino virtual de Bruno Palmeros, uno de los grandes accionistas de la *Transamerican*, magnate de los trópicos centroamericanos.

Detuve la canoa entre unos acantilados donde el coral ponía su nota de color y exotismo. La franja arenosa era angosta, formada de

menudas piedrecillas doradas. Salté al litoral, avanzando hasta el interior. Un sendero arenoso circulaba entre las rocas con olor a mar, y las gaviotas chillaban estridentemente sobre mi cabeza cruzando en una y otra dirección el azul implacable del cielo. El agua, a mi espalda, espumeaba en los arrecifes, acompañando el concierto agudo de las gaviotas.

Me adentré en el Cayo, silbando una tonada con perezoso tono. Hundidas las manos en los bolsillos de mi amplio pantalón, hacía crujir las piedrecillas bajo el suave calzado, ligero y blanco.

Desde un promontorio, descubrí Palmeros Beach. Era un villorrio de pocas casas, hacinadas en torno a un embarcadero de tablas resbaladizas. Una serie de casetas flotantes, dedicadas al cultivo de ostras y otros comestibles marítimos, centelleaban bajo la luz solar, a cosa de un cuarto de milla del embarcadero, siguiendo la línea irregular del litoral azul, blanco y coral.

Miré al lado opuesto. Palmeros Beach no me interesaba. No ahora, al menos, aunque advertía resecos los labios, y sin duda abundarían las cantinas, negocio muy saneado en aquellos lugares.

Allí estaba la residencia de Bruno Palmeros. Abarcaba una buena extensión del Cayo, quizá unos diez kilómetros. Había abundancia de vegetación, una laguna en su centro, rodeada de arbustos, un edificio largo, en forma de letra T., y otro embarcadero asomando al mar, con casetas de madera sobre sus planchas de tabla mojada. En el mar azul, se mecían suavemente varias canoas de motor fuera borda, un balandro con las velas recogidas y un yate, pequeño, blanco y esbelto, en el que sin duda, aparecería también el nombre de su dueño, como título de la embarcación, o yo no sabía nada sobre Bruno Palmeros, el prohombre de los trópicos que en competencia con el poderío económico de su socio y rival en importancia social, Ricky Jalico.

Eché a andar hacia la residencia de Palmeros. Ese *sí* era mi objetivo. Con todas las consecuencias, buenas o malas.

Llegué en menos de veinte minutos. Para la distancia que había de allí a la hacienda, fue corto el tiempo. Cuando estuve cerca de sus vallas, descubrí el gran cartel que, a lo largo de éstas, mostraba sus grandes letras de vivo color. Tan vivo, que incluso con mis gafas oscuras me hirió la vista el reflejo solar en ellas.

Leí aquel indicador:

«TERRENOS DE BRUNO PALMEROS. PROHIBIDO EL ACCESO A VISITANTES Y TURISTAS. PROPIEDAD PRIVADA. NO ACAMPAR NI APARCAR VEHÍCULOS EN ESTOS TERRENOS».

Evidentemente, no eran muy hospitalarios con el visitante, en Cayo Perla. Bruno Palmeros debía de tener sus razones para ello, y yo las respetaba.

Por eso me detuve ante la valla, sin hacer acción de quebrantar la disposición del hacendado. Me pregunté, ceñudo, cómo haría para anunciarme al prohombre, sin que faltara a su ley particular, muy respetable dentro de sus propios terrenos.

No tuve que calentarme mucho la cabeza en tales vacilaciones. Se cuidaron de resolvérmelo los demás.

—No se mueva, señor —dijo una voz, a mi espalda—. No se mueva, o será peor.

Me volví. Me quedé contemplando, sorprendido, al hombre de tez bronceína, ojos oscuros y traje blanco, que me encañonaba con un excelente fusil automático, brillante y bien engrasado. Seguro que también estaba bien cargado.

—Bueno —suspíré, alzando un poco los brazos—. ¿Qué crimen he cometido, amigo?

—Ninguno... todavía —sonrió el otro. Tenía unos dientes muy blancos—. Pero no nos gustan los merodeadores desconocidos. Especialmente, los de aspecto sospechoso.

—¿Yo tengo aspecto sospechoso?

—Sí, lo tiene —admitió, sin vacilar.

—Muy bien. Pero no merodeo. Quiero ver a su patrón, Bruno Palmeros.

El hombre moreno rió abiertamente. Era como si un mendigo pidiera ver al Presidente en la Casa Blanca. O así se lo parecía a él, a juzgar por su expresión. Me miró, burlonamente.

—¿Habla en serio, señor? —preguntó por fin.

—Sí. Necesito verle. Y enseguida.

—Bruno Palmeros no recibe a nadie —cortó el otro, glacialmente—. ¿Cómo se llama usted?

—Adam Kent —mentí.

—¿De dónde viene?

—De Cayo Tiburón.

—¿Vive allí?

—Ahora, sí.

—¿Y antes?

—Por ahí... —Me encogí de hombros—. Más al norte.

—Eso no significa nada. ¿Trabaja con la *Transamerican*?

—No.

—¿Acaso busca trabajo?

—Podría ser.

—Pues lárguese. Bruno Palmeros no emplea a nadie.

Me dejaba ir. Parecía un mal menor, cuando uno está bajo la amenaza de un arma. Pero yo quería ver a Palmeros. Y no le vería si me iba.

—Está bien —suspiré—. Tendré que decirle la verdad, amigo. No me llamo Adam.

—¿No? —Enarcó las cejas. Una luz de sospecha asomó a sus pupilas—. Aclare eso.

—Ya voy. Mi nombre es Shelby Bryan.

—¡Shelby Bryan! —Era evidente que había oído hablar de mí, por la forma de repetir el nombre.

—Eso es. Y quiero ver a Bruno Palmeros. Su hija Rita Coral, estuvo a punto de matarme con un coche. La hospitalizaron conmigo, en Nueva York, víctima de un *shock* y amnesia. Y ha desaparecido.

El hombre me miraba. Muy fijamente. No bajó el arma. En vez de eso, súbitamente hizo funcionar el cerrojo del fusil. Dijo, con voz dura:

—Shelby Bryan. Mi jefe tenía interés en saber de usted. Yo soy Carlos Acevo, su auxiliar y guardaespaldas. Lo siento, señor Bryan, pero usted mismo ha venido a meterse en la boca del lobo. Tengo órdenes estrictas sobre usted. ¡Y esas órdenes son de... MATARLE EN CUANTO LE VEA!

Supe que iba a hacerlo. Su dedo, se movió en el gatillo. El fusil, apuntaba a mi cabeza.

CAPÍTULO VI

¡CALOR Y PELIGRO!

Nunca vi la muerte tan cerca. Carlos Acevo no parecía ser de la clase de hombres que dejan de cumplir una orden así, ni dudan en matar a alguien que está sentenciado a ello.

Era un sudamericano joven y arrogante. Pero quizá habría intervenido en revoluciones y cosas así, en los países tropicales. No sería el primer hombre a quién fusilaba a bocajarro.

—¡Quieto, Acevo!

La voz le detuvo justamente a tiempo. Me salvó la vida por décimas de segundo.

Se paró, con el dedo curvado en el gatillo. Pareció desilusionado. Volvió un poco la cabeza, sin dejar de apuntarme.

—Es Shelby Bryan. Hay orden de matarle, señorita Palmeros — dijo respetuosamente.

Yo también me había vuelto. Al oír la voz de mujer, imaginé cualquier cosa, menos que fuese ella, Rita Coral.

Pero lo era. Tan morena, bonita y turbadora como en Nueva York, cuando estuvo a punto de matarme, contra la vidriera del escaparate. Quizá más hermosa allí, bajo el ardiente sol tropical. Ella misma llevaba en sí el ardor de los trópicos a los que pertenecía.

Sólo que sus ojos, parecían seguir tan vagos e indefinidos como en Nueva York, en la clínica donde fuera hospitalizada. El vestido, amarillo limón, de tenue tejido, se amoldaba a sus prietas curvas con una fidelidad y adherencia insultantes.

Había aparecido tras la valla. Apoyada en el portón de tablas de acceso a la finca, miraba fijamente a Carlos Acevo. Luego, me estudió a mí, con aire abstraído.

—¿Quién ha dado esa orden? —preguntó ella.

—Su tío —respondió escuetamente Acevo.

—¿Por qué? No se debe matar a nadie, Carlos.

Parecía lógico eso. Pero no en labios de la muchacha que conducía el coche intencionadamente lanzado sobre mí en Manhattan. De cualquier modo, había pagado su deuda sobradamente. Yo seguía respirando porque ella intervino.

—Shelby Bryan es un ladrón, un asesino y un chantajista. Un tipo de la peor especie —dijo inesperadamente Carlos Acevo—. Debe morir, señorita Palmeros.

Ella me estudió con mayor fijeza. Yo la miré a mi vez sin saber qué hacer. Parecía aún muy trastornada mentalmente. Quizá lo de la amnesia fuera cierto, a fin de cuentas.

—A pesar de eso —cortó—. Se puede llamar a la policía, pero no matar.

—Gracias, señorita Palmeros —dije con voz suave—. No soy nada de lo que su amigo ha dicho. Pero ciertamente, me acusan de todo ello. La policía y mucha otra gente. ¿Me recuerda usted?

—Sí —asintió ella, con tono seco—. Estaba en el hospital, y me acusó de algo horrible. De intentar matarle con un coche.

—¿Y no lo hizo usted? —inquirí vivamente.

—No —negó ella, moviendo la cabeza, los ojos muy abiertos—. No sé lo que pudo suceder ni cómo me hallé en aquel coche, pero yo no...

—Se lo he dicho, señorita Palmeros —saltó Acevo vivamente—. ¡Eso formaba parte de su chantaje contra usted, una rica heredera fácil de exprimir! ¡Todo lo planeó él, para exigir luego una gran indemnización! ¡Su tío lo sabe muy bien!

—Es posible —admitió Rita Coral, sin quitar sus ojos de mí—. Pero me resulta extraño que finja tan perfectamente. Parecía muy furioso en el hospital, realmente indignado conmigo...

—Gracias por su confianza en mí, señorita Palmeros —dije con calma—. Yo no le he pagado nunca en igual moneda. He sospechado siempre que planeó matarme, de acuerdo con alguien. Que su amnesia es pura farsa, inventada para eludir responsabilidades...

—No se lo reprocho —suspiró ella—. Yo creería lo mismo. La pérdida de memoria parece un recurso tan fácil... Pero le aseguro

que no recuerdo nada de nada. Tengo la mente en blanco, en lo que respecta a un cierto número de horas, justamente aquéllas en que parece ser que le embestí con el coche. He mejorado mucho aquí, pero no del todo, señor Bryan. Créame que siento lo que sucedió.

—No se preocupe —dije, con gesto grave—. Si realmente nada sabe de todo eso, creo que no puedo culparla de nada. Por el contrario, ahora le debo mucho: seguir con vida.

—No será por mucho tiempo —me replicó Acevo—. Va a acompañarme, Bryan.

—¿A dónde?

—Adentro —señaló la residencia—. El señor Palmeros va a sentirse muy satisfecho de recibirle. Ahora sí podrá visitarle, como era su deseo. Y él puede revocar la orden de su hija. Aquí, él es quien manda...

—Lo supongo —suspiré. Me encogí de hombros, dirigiendo una sonrisa a la guapa Rita Coral—. De todos modos, gracias. Usted hizo lo que pudo. Veremos ahora lo que hace el dictador de Cayo Perla...

—¡Vamos, adentro! —me empujó con el fusil automático.

Rita Coral no intervino. Pero nos escoltó, hacia el interior de la hacienda de Palmeros, y eso me dio ciertos ánimos. Muy pocos, la verdad.

Si Palmeros pensaba realmente que yo era un rufián, me haría eliminar sin contemplaciones. Aquello era territorio americano, pero lo que él hiciera, sería echado en olvido, no lo repetiría nadie a la Justicia. Y mi muerte quedaría impune. Cosas de los trópicos, pensé con ironía llena de lúgubres pensamientos.

Me metieron en un automóvil, un coche polvoriento, tipo *ranger* a cuyo volante se puso Rita Coral, anticipándose a la acción del otro hispanoamericano, vestido de blusa y pantalón, que hallamos en el interior.

—Yo conduciré —dijo escuetamente, y Carlos Acevo no pudo replicar, aunque se le vio contrariado.

Así, nos internamos en la hacienda. Poco después, parábamos ante la hacienda en forma de letra T. Y me bajaban a golpes de fusil, haciéndome entrar en ella.

Momentos más tarde, se abrió una puerta ante mí. Entré, de un empujón.

Me encontré ante Bruno Palmeros en persona.

Era duro, macizo, lleno de personalidad. Sus ojos tenían la dureza del acero, y también su brillo. Vestía enteramente de color *beige* muy claro. Sobre su cabeza, un ventilador eléctrico giraba en el techo, proyectando una sombra móvil en los rostros y muebles.

—Es Shelby Bryan —informó Carlos Acevo—. Su sobrina impidió que le matase, señor.

De momento, no dijo nada. Me estudiaba fría, glacialmente. No encontré la menor simpatía en su expresión.

—¿Qué hace aquí, en Cayo Perla? —preguntó por fin, tras un largo silencio.

—Buscarle a usted —respondí.

—¿A mí? —las cejas de Bruno Palmeros se alzaron, interrogantes—. ¿Para qué? ¿Va a exigirme dinero, en compensación del accidente que usted mismo provocó, acusando a mi sobrina señor Bryan?

—No vengo a pedirle nada. Ni he provocado cosa alguna. Se intentó asesinarme, y al volante iba su sobrina. No sé otra cosa. Ignoro si lo hizo voluntaria o involuntariamente. Incluso ignoro si ella iba en realidad al volante cuando me embistió el coche de Jalico. Pero yo pude haber muerto, de no ser rápido en mi acción. Eso es lo que cuenta, señor Palmeros.

—¿Y sólo para decirme eso ha venido hasta Cayo Perla? ¿O para ocultarse de los federales? He leído que se le busca por asesinato en Nueva York. Es muy ingenuo al venirse aquí. Éste es territorio americano, la frontera misma de su escapatoria. Pero aún no se ha escapado.

—No lo he pretendido tampoco. He venido a verle a usted. Quería hallar a su sobrina. Y estaba seguro de que la encontraría aquí, no en una clínica de Nueva York.

—Ya la ha encontrado. Ahora... ¿qué, señor Bryan?

—Ahora, todo depende de usted.

—¿Qué es lo que depende de mí, exactamente?

—Todo.

—¿Y qué es «todo»?

—La solución del misterio, tal vez.

—¿El misterio del medio millón evaporado... del accidente de coche... o de la muerte de Eileen Diamond, en Nueva York? —dijo muy irónico, el prohombre.

—Todo ello.

—¿No es usted el culpable?

—No —negué rotundamente—. No lo soy.

—¿Tiene pruebas de eso?

—No.

Reinó el silencio. Los dos nos medíamos con ojos fríos, inexpresivos. Mi escueta franqueza parecía haberle impresionado. Por fin, entrelazó los dedos con un hondo suspiro. Algunos músculos se relajaron en su faz pétrea.

—Es posible que no lo crea.

—Ya lo sé —sonreí—. No puedo hacer nada por evitarlo.

—Si usted no es responsable de nada de eso, ha de serlo Ricky Jalico.

—¿Su amigo? —dije burlón.

—Ricky Jalico es socio mío en la organización de la *Transamerican*. No es amigo mío, aunque nos llevemos bien. Es posible que usted trabaje para él. Y siempre he estado seguro de que hubo un culpable en el robo: Ricky Jalico. Él está tras ese medio millón volatilizado.

—¿Usted supone que yo trabajo para Ricky Jalico?

—Sí.

Me estudiaba, escudriñador. Sostuve su mirada, pero me costó trabajo. Parecía tener agujas por pupilas. Uno se sentía perforado hasta lo más hondo.

—Se equivoca —dije al fin—. Es posible que Jalico esté detrás de esto. Yo tengo mi propia idea. Y ésta es que usted o Jalico andan tras el asunto. Sólo que hay alguien que trabaja para uno u otro... y hace las tareas sucias. Los robos, los crímenes y todo eso...

—Eso es. Yo también pienso igual.

—Y se le ha ocurrido que ese alguien soy yo.

—Sí.

—Se equivocó en algo. O se pasa de listo, señor Palmeros.

—Y usted se equivoca conmigo y con mi sobrina. O es usted el listo, Bryan.

Los dos seguimos mirándonos. Casi desafiantes. Por fin, él continuó:

—Aún no sé para qué ha venido, por qué quería vernos a Rita y a mí...

—Está claro. Su sobrina tiene que recordar. Y cuando sepa lo que sucedió *antes* del suceso de Manhattan... yo sabré quién movió los hilos. ¿Por qué estaba ella en el coche particular de Jalico? ¿Por qué me embistió? ¿Por qué ha olvidado *precisamente* todo lo relativo a aquellos momentos, y no lo demás? Primero pensé que mentía y era cómplice de alguien, el auténtico asesino que se escuda en la sombra.

—¿Y ahora?

—Ahora... creo que realmente es inocente. Alguien la utilizó en su beneficio. Me gustaría saber quién, señor Palmeros.

—¿Por salvar su pellejo?

—Es una razón. Pero ahora, tengo otra.

—¿Cuál?

—Descubrir quién fue el canalla que pudo haber causado la muerte de Rita Coral. Ella ha salvado mi vida hoy, cuando su esbirro Carlos Acevo me apuntaba con su fusil, dispuesto a liquidarme. Le debo demasiado, para olvidarlo.

—Usted podría estar mintiendo con todo cinismo —comentó Palmeros—. Estoy habituado a verme rodeado de embusteros muy hábiles. Pero, no sé por qué, creo en usted. Me parece un pillo lleno de sinceridad. Un hombre duro, dispuesto a todo, y poco amigo de mentir.

—Gracias.

—No me lo agradezca. Váyase de Cayo Perla. Y de Cayo Tiburón. En América Hispana puede hallar un refugio eficaz, durante algún tiempo. Es un consejo leal.

—¿Eso quiere decir que va a dejarme salir de sus dominios?

—Sí. Pero no le encubriré. No quiero líos con el

F. B. I.,

ni con el Gobierno de los Estados Unidos... —Se volvió a Carlos Acevo, que al oírse llamar «esbirro» por mí, poco antes, había encajado los labios, con ira—. Ya me ha oído, Acevo. Deje salir vivo a Shelby Bryan de Cayo Perla. Escóltele hasta que tome su embarcación y se vaya. No quiero que sufra daño.

—Sí, señor —asintió Carlos Acevo, contrariado y con gesto malhumorado.

Me encaminé a la salida. Me volví previamente, con una sonrisa.

—Gracias, otra vez, señor Palmeros. Ha hecho usted algo

inteligente. Ojalá sirva de algo, y descubra a los responsables de todo esto. Hasta otra vez...

—Mejor hasta nunca, Bryan —me rectificó suavemente el hacendado.

Salí de la edificación. Eché a andar hacia el vehículo. No vi a Rita Coral por parte alguna. Carlos Acevo subió al automóvil *ranger*, y me invitó a subir, con un gesto de malhumor. Accedí, no demasiado feliz de su escolta.

Salimos de la hacienda. Previamente, Acevo había dejado su fusil en el porche de la hacienda. Eso me hacía sentir más tranquilo.

Acevo conducía muy bien. Dejó el coche frente a la playa rocosa que yo le señalé como la elegida por mí para desembarcar en el Cayo. Varias veces volvió la vista atrás o escudriñó a través del retrovisor, como si temiera que nos siguieran.

—Buena suerte, Bryan —dijo con voz seca, cuando llegamos a la playa—. Y no vuelva por aquí. Es un buen consejo...

Asentí sin responderle. Eché a andar, dejándole atrás con su coche. No sé por qué, cuando llevaba recorridas cosa de cincuenta yardas, me volví, con la sensación indefinible de que un peligro me amenazaba.

Y era verdad.

Carlos Acevo estaba apoyado sobre el capot del automóvil, para asegurar mejor el blanco. Yo era el blanco. Y su arma, un revólver de calibre .45, potente y seguro. Iba a liquidarme allí, en la playa. Bajo un sol de fuego, abandonado a mi suerte.

Con el mar, las gaviotas, la arena y los arrecifes como únicos testigos.

CAPÍTULO VII

POR LA SENDA DE LA VERDAD

Disparó.

Yo me había tirado una fracción de segundo antes, rodando sobre la arena, que hirvió no lejos de mí, alcanzada por el proyectil a mi destinado. Luego, otro disparo restalló en la quieta tarde del trópico, y la bala silbó junto a mi rostro, para ir a rebotar, con un aullido áspero, en los arrecifes de la playa.

Las gaviotas, asustadas, chillaron más aún. Una bandada de ellas levantó el vuelo sobre el agua espumeante, lanzando graznidos chirriantes. Yo, en la arena, dando tumbos constantes, para eludir los balazos de Carlos Acevo, buscaba frenéticamente mi propia arma, sepultada en un bolsillo del pantalón.

Una nueva bala, la tercera, acompañada del estampido sordo, áspero, aulló junto a mi oreja izquierda. La intención de Acevo era matarme, y no pararía hasta lograrlo. Yo no podía pararme, tomar el arma y apuntar, porque ello hubiera sido fatal. Y el movimiento mismo de mi cuerpo, frenético y nervioso, impedía toda acción ofensiva por mi parte.

De pronto, sonó el cuarto disparo.

Me sorprendió no ver la llamarada en su arma, ni sentir el impacto cerca de mí, puesto que el cañón de su 45 me enfilaba certeramente. En vez de eso, le vi oscilar, soltar el arma, emitiendo un chillido y llevándose la mano izquierda a su hombro derecho, súbitamente teñido de rojo brillante. Un rojo tan candente como la propia luz vertical del sol.

Atónito, miré hacia el lugar de donde partía el nuevo disparo. Descubrí allí la figura armada de rifle, erguida sobre las rocas de la playa.

—¡Rita Coral! —grité roncamente.

Y entonces, de rodillas sobre la húmeda arena, logré empuñar el arma, disparar contra Carlos Acevo, que tomó rápidamente el coche, subiendo de un salto y poniéndolo en marcha sin perder tiempo. Se alejó con rapidez de la playa.

Me quedé erguido en medio de la angosta franja arenosa, viendo bajar con rapidez a Rita Coral; arma en mano. Se detuvo a poca distancia de mí. Me miró largamente.

—No piense mal —dijo—. Eso no lo ordenó mi tío. Él obró lealmente, ordenando a Acevo que le sacara del Cayo. Esto, fue cosa de Acevo mismo.

—Mucho me odia... o trabaja para alguien más que no es su tío —dije con tono grave.

—Eso debe de ser —suspiró ella—. ¿Sabe una cosa? Recordé de pronto. Por eso he venido detrás suyo. Les seguí en otro coche.

—Acevo debió intuirlo o notar algo —dije lentamente—. Se volvía a menudo... Diga, ¿qué es lo que recordó?

—Lo de Nueva York —dilató mucho sus hermosos ojos oscuros—. Ahora sé POR QUÉ quise matarle, Bryan.

—¡Cielos! —La miré, boquiabierto—. ¿Eso es cierto?

—Sí —asintió ella—. Es cierto, Bryan. ¿Sabe una cosa? Carlos Acevo estuvo en Nueva York, sin saberlo mi tío. Me llevó a ver a Jalico. Dijo que quería hablarme. Y no recuerdo nada más.

—¿Entonces...? —argüí, decepcionado.

—Precisamente eso me ha dado la clave —dijo Rita Coral—. Yo... yo he visto a Carlos Acevo ejerciendo el hipnotismo con muchos amigos, conmigo mismo lo practicó a veces...

—¡HIPNOTISMO! —repetí, estupefacto. De repente, todo tuvo sentido—. ¡Claro! ¡Hipnotismo! ¡Usted... usted iba hipnotizada cuando...!

—Es posible que sí. Sólo recuerdo que Acevo, mientras me hacía esperar a Jalico, en un hotel de Nueva York, me hizo sentar, me habló de forma extraña, situándome contra el sol... Y su mano manipulaba con un reloj de plata que tiene... con espejo dentro de la tapa. Un viejo reloj de bolsillo, ¿sabe? Lo movía con un cierto ritmo pendular... Tal como otras veces le había visto hacer. Quise luchar con eso... y no pude. Sólo eso recuerdo. Luego... desperté en aquel horrible coche aplastado contra un escaparate. Apenas un

momento, antes de desvanecerme... y hallarme en el hospital. Es todo, señor Bryan.

—Es suficiente. Jalico está tras este asunto. Y Carlos Acevo, le hipnotizó por cuenta suya. Ahora, por cuenta de Jalico, ha querido eliminarme. Ya antes lo hubiera hecho, de no ser por usted. Y no por ser orden de su tío, sino de Ricky Jalico.

—¿Qué podemos hacer entonces? —preguntó Rita Coral, inquieta...

—Ir a la hacienda de su tío inmediatamente. Y presentarle la verdad de los hechos. Quizá entonces él resuelva ayudarnos contra Jalico...

—¡Sí, vamos! —asintió ella, esperanzada.

Echó a correr hacia los riscos. La seguí, resueltamente. Fue cuando estábamos ya junto al lindero de matorrales, cuando paré en seco y tiré con violencia de Rita Coral, deteniéndola.

—¡Espere! —grité roncamente—. ¡Mire eso...!

Rita miró hacia donde yo la señalaba. Vio lo mismo que *yo veía*. El coche *ranger*, conducido por Carlos Acevo, volvía a la playa. Pero esta vez, escoltado por otros dos coches, en cuyas ventanillas centelleaba algo, herido por el sol tropical.

—¿Qué significa...? —comenzó Rita, sin entender.

—Significa que Carlos Acevo tiene aliados. Gente al servicio de Jalico. Y vienen a por nosotros.

—Estamos armados...

—No creo que sirva de mucho —repliqué—. No puede usted arriesgar su vida así. Y caeríamos los dos, antes de poder vencer a toda esa gente, que impedirá que alcancemos de nuevo la hacienda de su tío.

—¡Dios mío! —Una palidez singular borró el tono moreno de la piel de Rita Coral—. ¿Qué podemos hacer ahora?

—Una sola cosa. ¡Huir! —Y tomándola con fuerza por una mano, corrí con ella hacia atrás, de vuelta al borde del agua.

Llegamos hasta la canoa automóvil que yo dejara en la arena. Saltamos a su cubierta sin perder tiempo. Puse el motor en marcha, mientras Rita Coral, fusil en mano escudriñaba la cima de las rocas costeras, donde ya se veía asomar la hilera de coches enemigos.

Cuando puse en marcha la canoa, y ésta viró, enfilando las aguas azules, que cortó vertiginosamente, de regreso a Cayo Tiburón... vi

el nuevo peligro ante nosotros.

Dos canoas automóvil aparecían en el mar, surgiendo de ambos lados del Cayo, y confluyendo hacia nosotros.

—Ahora sí que estamos cazados —dije duramente—. Han tomado todas las medidas...

Rita Coral me miró angustiada, mientras yo movía el timón, desplazando la canoa a toda velocidad, cortando con furia las aguas, a pesar de que ya iban a flanquearnos las embarcaciones a motor enemigas. Vimos a sus hombres armados. Tres en una, y dos en otra. Demasiados para nosotros. Su aire, no era amistoso. No podía serlo...

—Bryan, ¿qué hacemos? —jadeó, aferrándome el brazo, pegando su cuerpo cálido al mío.

—Si lo supiera... —Me mordí el labio inferior—. Entregarnos, no lo haremos.

—¿No sería lo más prudente?

—Esa gente no es de la policía, señorita Palmeros, son asesinos, *gangsters* a sueldo, dispuestos a matar por unos dólares. Impedirán que huyamos y que sigamos con vida. Nos matarán a los dos. De modo que vamos a vender caras nuestras vidas. ¿Está dispuesta?

—Sí... —musitó ella—. Y no vuelva a llamarme «señorita Palmeros», Bryan. Mi nombre es Rita Coral. Será mejor que me llame así, el poco tiempo que vivamos...

Sonreí. Luego, miré duramente a los miembros de las dos embarcaciones. Esperaban que nos rindiéramos o redujéramos la marcha. Una de las canoas, iba a cruzarse ante nosotros...

—Bien, Rita Coral. Entonces, dispuestos a luchar. Agárrese bien. Y dispare su fusil. Veo que sabe hacerlo. Yo me cuido de lo demás. Pero, sobre todo, sujétese a fondo. Voy a hacer algo desesperado... Lo único posible.

Miré atrás. El herido Acevo y su gente armada, cubrían la playa, cerrando todo posible acceso para nosotros. Delante, una canoa esperaba, moviéndose paralela a nosotros, y la otra se cruzaba, para obligarnos a frenar o ir al choque.

Eso es lo que hice: ir al choque.

Pero lo hice forzando la canoa hasta el máximo de velocidad. De súbito, pegó un respingo y voló sobre las olas, brincó en el mar, como una centella. La canoa enemiga se había cruzado, sus tres

ocupantes se disponían a hacer fuego con sus revólveres, cuando vieron volar hacia ellos nuestra embarcación.

Chillaron, tratando de cubrirse. Yo, di el impulso final a la canoa, disparada a velocidad de vértigo. Brincamos sobre el agua... y fuimos contra la canoa enemiga.

Rita Coral chilló, cerrando los ojos, aferrándose a las argollas de la cubierta, para no saltar fuera de la canoa. Enfilamos la lancha a motor enemiga, barriendo su cubierta a cosa de dos o tres pulgadas, en brincó inverosímil, fantástico, sobre ella.

Nos llevamos por delante a dos enemigos, con las cabezas pulverizadas. Otro, quedó en la hendidura cubierta, entre astillas, con un rojo baño sobre el cuerpo.

—¡Lo logramos! —chillé. Y señalé a la otra, gritando al tiempo que reducía la velocidad—: ¡Dispare! ¡Dispare, Rita... o ellos lo harán sobre nosotros!



—¡Dispara, Rita!

Rita no se hizo repetir la orden. Disparó. Ellos también tiraban. Pero las balas se cambiaban sin resultado... hasta que una de ellas pegó en el motor de la canoa enemiga. Vi saltar chispas, y un chorro de gasolina brotó de su depósito, comenzando a arder.

—¡Bravo! —grité, volviéndome a Rita Coral—. ¡Fantástico

disparo, Rita!

Ella sonrió, con el arma humeante en su mano. Me miró, satisfecha. Los hombres de la canoa dejaron de disparar, ocupándose en sofocar el fuego a bordo.

—¿Volveremos, para intentar ver a mi tío? —indagó ella.

—No. No podríamos hacerlo —negué—. Esa gente hará un cerco en torno a la hacienda, y no nos dejará llegar a ella. Saben que eso sería su fracaso. Nos acosarán, evitando que obtengamos ayuda. A los dos, Rita Coral. ¿Se da cuenta del lío en que se ha metido, por cooperar conmigo?

—Sí —sonrió dulce, sencillamente—. Y no me importa, Bryan. Involuntariamente pude haber sido causa de su muerte en Nueva York. Esto es algo que debo hacer. No sólo por usted, sino por mí. Por combatir a los que quisieron hacerme una criminal... pereciendo yo también en el suceso. Estoy junto a usted, Bryan. Para bien, o para mal...

—Más bien para mal, amiga mía. No nos hagamos ilusiones —suspiré, sombrío.

—¿Cree que me las hago? Sé lo que nos espera, más tarde o más temprano, si no ocurre un milagro, Bryan.

—Un milagro... —Gruñí, mirando al cielo candente, cegador—. ¿Existen en este infierno de calor?

Ella no respondió. Su piel brillaba, morena y cálida. Yo sentía correr el sudor por mi cuerpo, empapar mis ropas. Y no sólo por el calor...

Nos alejábamos ya de Cayo Perla. Pero no podía sentirme optimista. ¿Qué podía esperarnos en Cayo Tiburón, sede del poderoso Ricky Jalico, precisamente el hombre de quien partía el ataque criminal? ¿Qué otra cosa, sino la muerte, a manos del cacique del trópico y su pandilla de asesinos a sueldo?

Pero a pesar de ello, Cayo Tiburón tenía más escondites, más laberintos para ocultarse uno de los *gangsters* de los Cayos. Era preciso correr el riesgo, con todas sus consecuencias. La situación, después de todo, no podía empeorar. Y eso, ya era un consuelo relativo.

Contemplé a Rita Coral. Tendida sobre la cubierta de la canoa, empapada de agua por el salto fantástico de poco antes, que nos permitió brincar por encima de la otra canoa, en un alarde suicida,

ofrecía sus formas como si realmente no llevara nada encima. El resultado era muy agradable. Rita Coral estaba muy bien formada, después de todo.

Ante nosotros, el litoral de Cayo Tiburón se aproximaba rápidamente. Me pregunté lo que sucedería en las horas siguientes. Y no me gustó lo que me respondí a mí mismo.

A pesar de todo ello, poco después recalábamos en un embarcadero del Cayo. Devolví la canoa. Volvía a ser Adam Kent, aunque ignoraba por cuánto tiempo. Ahora, estábamos virtualmente en las fauces del lobo. Tomé a Rita Coral por una mano ayudándola a saltar. Ella me aferró con mayor fuerza que antes. Le sonreí.

—Deje el rifle por ahí —dije—. No podemos ir por la ciudad exhibiendo armas, o duraremos menos aún. Espero que sea suficiente con mi revólver. En marcha.

—¿Hacia dónde? —inquirió ella, echando una ojeada en derredor—. Éste es dominio casi exclusivo de Ricky Jalico. Hay policías, pero hacen lo que él dice.

—Lo sé. Iremos hacia los barrios extremos de Bahama View. Quiera Dios que tarden en localizarnos...

Ella afirmó, no muy convencida. Pero me siguió. Y nos encaminamos al barrio marino de Bahama View, por entre yates, balandros, canoas y pequeños pesqueros, anclados en los embarcaderos de tablas resbaladizas, húmedas y salobres.

Yo no podía saberlo entonces. Pero íbamos derechos hacia el fin de nuestra aventura.

CAPÍTULO VIII

LA CLAVE

La mujer era bonita. Llena de opulencias por todas partes, como debe ser. A los marineros les gustaba, y tenían razones para ello. Razones que ella exhibía cuanto le permitía la decencia, que no era mucha en aquellos lugares.

Era ya el local número veinte que visitábamos O poco menos. Así estábamos pasando la noche, de bar en bar. Fingiéndonos una pareja de beodos turistas, imitando un buen acento francés, y haciendo exactamente todo lo contrario que podría esperar Ricky Jalico que hiciéramos.

Tomar un hotel, una pensión o cosa así, significaría un desastre. Y yo lo sabía. En realidad, estábamos jugando al escondite. Hasta ahora, parecía resultar. Pero uno no debía ser muy optimista al respecto.

La mujer era rubia, y en bikini debía de ser un conjunto mareante de curvas. Lo demostró acto seguido, en un acto de *streap-tease* a la usanza del trópico, con ritmo de *calypso* y música de bongocero, que terminó algo más allá del propio bikini. Me quedé sin aliento, y Rita Coral se creyó obligada a desviar mi rostro, tomándome por la barbilla.

—Míreme mejor a mí —sonrió, desviándome de la que actuaba en el cafetucho de Bahama View—. Resulto una visión más apacible, ¿no cree?

—Depende —reí a mi vez—. Si usted llevara la ropa de esa dama... Bueno, prefiero no pensarlo.

—Hará bien —ella hizo un gesto de picardía—. Usted me recuerda ahora a Ulises, luchando contra los cantos de sirena, tentación de los navegantes.

—Pues usted es la más bonita sirena que Ulises pudo imaginar.

—¿De veras? No parecía pensar igual hace un poco. Esa rubia...

—Olvídela. Era otra cosa, entiéndalo. Usted, Rita Coral... es algo muy distinto.

—Gracias —suspiró—. Supongo que lo dice en sentido de elogio.

—Naturalmente —miré de reojo a la rubia, que se retiraba entre ovaciones, recogiendo sus ropas con unos cimbreos finales—. Sé lo que son esas mujeres, Rita Coral. Antes de ir a prisión, traté con muchas de ellas.

—¿Cómo Eileen Diamond?

—Como Eileen Diamond, sí. Todas son parecidas, sea cual sea su lugar de acción. Viven de la estupidez de los públicos, y de la ingenuidad de unos cuantos tontos como fui yo...

—Si sale de ésta, Bryan, ¿no piensa volver a ser un tonto? —sonrió ella.

—Eso es lo que pienso. Pero uno, nunca sabe. Las mujeres tienen algo diabólico dentro. Y a nosotros nos gusta eso... y caemos otra vez en sus redes.

—Nunca había pensado en eso —rió—. Procuraré desarrollar mi capacidad diabólica, en lo sucesivo.

—Sería muy peligrosa si lo hiciera —observé irónicamente—. Muy peligrosa...

Entraba gente en el local. Mucha gente. La rubia actuaba de nuevo, y oí comentarios en torno mío, que me hicieron comprender que su nuevo número sería aún más audaz. Ello parecía difícil, pero nunca se sabe bien lo que una mujer así es capaz de llegar a imaginar. Ahora, para mí, el peligro no estaba en ella, sino en el numeroso público. Podía haber gente de Jalisco entre él.

—Vámonos —señalé, poco después—. Elegiremos otro local...

—Sigue el juego del escondite —murmuró ella, algo cansada.

Asentí, tirando un billete sobre la mesa. Nos incorporamos, cruzando la sala. En la puerta de la calle, una doble hoja de batientes, al estilo de los viejos *saloons* del Oeste, tuvimos que echarnos a un lado, para dejar paso a un hombre. Un hombre de traje blanco, o que en un tiempo lo fue, con barba descuidada, rubia, ojos azules y aspecto de beodo. Un sombrero increíblemente arrugado y mugriento, remataba su cabeza. Iba canturreando con voz pastosa. Una botella de ron se agitaba en su mano.

Nos rozó, mirándonos de reojo, con pupilas enrojecidas. Siguió hacia adentro. Yo tomé a Rita Coral del brazo. Salíamos, cuando alguien saludó al beodo a nuestras espaldas:

—¡Hola, amigo! ¡Bienvenido Edmond Kern al «Tropicana»! ¡Chicos, está aquí Edmond Kern...!

El local, con su luz, su humo y su música, quedó atrás. Caminamos presurosos por el empedrado tosco y desierto de las callejas portuarias de Bahama View. Aparecía cubierto de una humedad fangosa. Pero hacía calor, mucho calor. Sentía pegada mi ropa a la espalda, por la copiosa transpiración.

Aquel hombre de la entrada del cafetín, me había parecido conocido de algo. Vaga, lejanamente. Luego, su nombre: Edmond Kern. También estaba seguro de haberlo oído antes, pero no sabía dónde. Uno siempre puede encontrar gente extraña en un lugar como los Cayos de Florida, ya en las puertas del trópico.

—¿Y ahora, adónde? —preguntó Rita Coral—. ¿A otro café?

—Sí. Es nuestra noche de fiesta —sonreí torvamente—. Lo siento, Rita.

—¡Vaya fiesta! —suspiró ella—. Preferiría trabajar sin descanso, Bryan. Y no es por su compañía. Es, sencillamente, que me cansa este juego. Y tengo miedo.

—¿Cree que yo soy de piedra? —Gruñí—. Si nos pescan, caeremos sin remedio. Y ese hombre... Me era conocido. Juraría que yo también para él.

—¿Qué hombre?

—El de la puerta. El del traje blanco. Se llamaba Kern. Edmond Kern. ¿Dónde he oído antes ese nombre?

Llegamos a la puerta de otro lugar lleno de humo, de música sensual y de luz tamizada. Pero allí no había gente. Bebimos unas cervezas en un rincón oscuro, viendo culebrear a una bailarina morena y tórrida. Esta vez, no me impresionaron sus curvas. Seguía pensando. En aquel hombre del traje blanco...

—¿Cree que no podremos salir de este laberinto? —me preguntó de súbito Rita Coral.

—No lo sé —me encogí de hombros—. Es un juego desesperado. Quiero ganar tiempo, ver una salida. Y no lo consigo...

—La policía podría ser una solución, aunque mala —musitó ella—. Todo mejor que ser asesinados por la gente de Ricky Jalico...

—No apelaremos a eso, sino a última hora. La policía también es ahora parte de nuestros enemigos. Especialmente, en Cayo Tiburón. Los agentes serán amigos de Jalico. Le creerán a él más que a nosotros, aun siendo policías honrados. Incluso tengo al F. B. I.

en contra, Rita Coral. No tengo un amigo de verdad que...

Me detuve, abriendo mucho los ojos. De golpe, todo apareció ante mí. Rita Coral me miró tan asustada como si de repente el local se hubiera llenado de hombres armados que nos rodearan.

—¡El

F. B. I.!

—grité—. ¡Eso es! ¡Ahora ya sé...!

—Me gustaría entenderle, Bryan —comentó ella, asombrada—. ¿Qué le sucede ahora?

—Creo... creo que he descubierto de golpe muchas cosas —me puse en pie, tiré un billete en la mesa, y corrí a la salida, llevando a Rita Coral conmigo—. Volvamos al «Tropicana», enseguida.

—¿Echa de menos a su rubia?

—Es posible.

Cruzamos las calles de nuevo, ahora a la carrera. El «Tropicana» hervía con la nueva actuación de la rubia opulenta. Pero su número, por audaz que fuese, me importó muy poco. Busqué algo con la vista. Y lo encontré.

Lejos, muy lejos de la pista de actuación y del mostrador, allá al fondo. Estaba solo. Bebía ron, con la cabeza entre las manos y el aire estúpido. Mi hombre del traje blanco.

Nos filtramos inverosímilmente por entre la gente. Alcanzamos la mesa. Me dejé caer en un asiento, y Rita Coral ocupó otro. Nos quedamos frente por frente al hombre de ojos azules y traje sucio, que un día fuera blanco. Él nos contempló, entre estupefacto y confuso.

—¿Qué quieren? —Gruñó—. ¿Beber o simplemente tomar asiento? Si es así, pueden quedarse en esta mesa. Yo me iba ya...

Hizo acción de incorporarse, con un bandazo. Yo le detuve, aferrando su brazo. Sólo toqué hueso y piel, bajo su ropa liviana, empapada de sudor y de olor a ron. Sin embargo, aquel hombre había sido fornido una vez.

—No —dije—. No se vaya. Todavía no, Edmond Kern.

—¿Sabe... sabe mi nombre? —jadeó, mirándome de hito en hito.

—Sí. Sé su nombre.

—Yo no conozco el suyo.

—Claro que lo conoce. Soy Shelby Bryan.

Me siguió mirando. Entornó las pupilas azules. Lentamente, volvió a quedarse sentado. Parecía algo más sereno que antes, no mucho. Pero también más viejo. Mucho más.

—Me ha reconocido, ¿verdad? —dijo por fin, con voz lenta.

—Sí.

—Bueno. Tenía que suceder. Uno vive escondido como una rata... hasta que un día, alguien le echa la vista encima. Supongo que se sentirá feliz.

—¿Por qué había de sentirme feliz, Kern?

—Debió de odiarme mucho estos años. Ahora, me ve peor de lo que usted estuvo jamás...

—Créame, no le odio. Y ahora, menos que nunca. Tampoco me siento feliz de verle así. Usted era un buen policía, Kern.

—¡Un buen policía! —Hubo sarcasmo en su voz—. No diga eso, por Dios. ¿Cree que, si lo hubiera sido, estaría aquí?

—Me capturó a mí —le estudié fijamente—. Logró probar que yo era el ladrón del dinero, *señor agente federal Edmond Kern*.

No pestañeó. Rita Coral, sí.

Edmond Kern, el hombre del

F. B. I.

que me llevara a prisión cuando el robo de la *Transamerican*, siguió mirándome triste, fijamente. Más vencido que nunca. Su boca tenía una mueca amarga, endurecida.

—El ladrón del dinero... —suspiró—. Sí, fue un caso brillante. Tan brillante... que el

F. B. I.

me puso en la calle.

—¿Eh? Explíqueme eso, Kern.

—Yo sabía que usted no era el ladrón. Pero todo le acusaba. Era fácil culparle. Y lo hice. En el

F. B. I.

no son tontos. Descubrieron que algo iba mal. El asunto estaba ya en manos del Tribunal, y le sentenciaron. Pero el

F. B. I.,

no estaba satisfecho ni mucho menos. Me expulsó, por «conducta irregular». En realidad, siempre han creído que yo fui parte de aquel caso. Que yo era uno de los ladrones del dinero. Pero nunca lograron probarlo.

—¿Y lo fue, Kern? ¿Usted, un federal, el hombre que me aprehendió?

—He gastado mucho —se encogió de hombros, eludiendo una respuesta directa—. Y he vivido al amparo de Ricky Jalico, el reyezuelo de los Cayos, y de medio Centroamérica... He jugado, he bebido, he tenido chicas... Unos hermosos años, Bryan. ¡Unos repugnantes años de vicio y degeneración, amigo mío! Es posible que haya gastado medio millón de dólares...

Parecía una confesión. Yo miraba aún fijamente a Edmond Kern. Le había recordado de cuando el caso de la *Transamerican*. Pero me hacía pensar en alguien más. En alguien que se parecía mucho a él.

Moví la cabeza negativamente.

—No —gruñí—. No va a convencerme con sus historias, Kern. Usted no robó el dinero. Usted no ha gastado una fortuna de la *Transamerican*, sino dinero de Jalico o de otra persona. El dinero que le dieron, como compensación a la pérdida de su carrera...

Parpadeó, eludiendo mi mirada.

—Tonterías —gruñó—. Usted dice tonterías, Bryan. ¿Por qué no se va? Le buscan, tiene muchos enemigos...

—Ya lo sé. Pero seguiré aquí. Hasta el fin. Ahora, ya sé más, mucho más que antes. Me faltaba un dato, una clave. Ya la tengo. Esa clave, era usted. Usted, el federal Edmond Kern, aparentemente culpable de muchas cosas. Pero quizá ni siquiera culpable de un soborno. Usted, Kern, ha sido como yo. El que ha pagado culpas ajenas. Sólo que yo me resisto, lucho. Y usted no se resistió. Se dejó llevar.

—¿Vale de algo resistir? ¿Le sirve a usted, Bryan?

—Aún no lo sé. Pero lucharé mientras tenga un soplo de vida. Usted, Kern, no luchó. ¿Por qué?

—Dejemos esto —tartajeó, tomando un trago de ron—. Hablamos ya demasiado...

—No —le pegué un empujón. La botella de ron se estrelló en el

suelo. Me miró de hito en hito, sin decir nada. Le corría un hilo de ron por la mandíbula, entre la pelambrera rubia de su barba—. Hablaremos más, Kern. Le guste o no.

—¿De qué quiere hablar? ¿Qué es lo que puede saber usted? No sabe nada de nada.

—Eso se cree —endurecí el gesto—. Pero sé que dos personas de la misma sangre, pueden tener diferente apellido. Pueden ser tío y sobrino, hermanastros o cosa parecida. Pueden tener un nombre distinto y ser algo tan unido, que cuando uno hace algo malo, el otro le apoya... y carga con sus culpas.

—¡No! ¡No sabe lo que dice! —gimió, crispado.

—¡Claro que lo sé! —le apremié—. Acabo de ver a *quién* se parece usted, Kern. Y acabo de saber *quién* robó el dinero realmente, quién mató a Eileen Diamond, quién está detrás de todo esto, aparte de Ricky Jalico...

Edmond Kern me miró fijamente, angustiado. Luego, una convulsión le sacudió.

—¿Lo... lo sabe de veras? —musitó.

—Sí, Kern. Se parecen ustedes mucho, si uno se fija en el aire familiar. Y eso lo explica todo. Absolutamente todo...

—Nunca debió hacerlo —dijo roncamente, casi con un sollozo—. Él nunca debió robar aquel dinero, valiéndose de mí, de mi amistad de conveniencia con Jalico y todo eso, para obtener datos y cometer el robo... Nunca debió de matar a la chica, ni seguir envileciéndose más y más. Yo fui siempre un federal honrado, recto... que incluso no dudó en sacrificarse por él, por su carrera, esperando que un día rectificara, antes de ser demasiado tarde.

—Y ya es demasiado tarde —sentencié.

—Sí —afirmó—. Demasiado tarde. Demasiado tarde para mi hermanastro... Creo que no le hice ningún bien con callar y sacrificarme...

—Claro que no. Debió de hablar entonces, revelar que no era usted el complicado en el feo asunto, sino su pequeño hermano...
EL FEDERAL ARTHUR DAWES...

Rita Coral pareció sorprendida. Yo lo había estado poco antes, al identificar la semejanza familiar entre Dawes, el joven federal de Nueva York, y Edmond Kern. Eso lo había explicado todo. Faltaban

aún muchos datos, pero lo más importante estaba allí.

—Dawes me persiguió con saña —dije lentamente, mientras Kern callaba, sacudido por su amargura—. Y se anticipó a mi visita, matando a Eileen para que no le delatara. Ella amaba realmente a Ricky Jalico, su nuevo amigo. Con Dawes debió tener un devaneo ligero, y resolvió que no valía la pena encubrir al envilecido federal. Él la asesinó. Estaba en el piso cuando yo llegué. ¿Cómo iba a ver al asesino, si era él mismo? Quiso eliminarme a mí allí mismo. Creo que cuando adelantó su mano armada, no era para intimidarme, sino para disparar fríamente sobre mí. Tuve suerte en atacarle por sorpresa.

—Dawes siempre ha sido muy listo —musitó Kern—. Yo confiaba en él. Quise hacerle un hombre recto, honesto, como yo mismo. Ingresó en el

F. B. I.,

se portó bien al principio... Actuaba de auxiliar mío en el caso de la *Transamerican*. ¡Estúpido de mí! ¡Y yo, sin saber que Eileen Diamond le había dado la combinación de la caja, y él cometía el robo, entre tanto!

—¿Y Ricky Jalico? ¿En qué proporción intervino ahí?

—Para él, era útil ese robo. Sabía que un federal lo había cometido. Creyó que era yo, siempre lo ha creído, y no he pretendido disuadirle. Ahora mismo, cree que usted mató a Eileen Diamond... y le odia a muerte. Por eso le acosa, le persigue. He sido un cobarde, Bryan. No he revelado la verdad sobre su inocencia... Tengo miedo.

—Miedo... de que Arthur Dawes, su hermanastro, corra peligro, ¿no es eso?

—Sí —desvió la mirada—. Jalico le mataría. Amaba mucho a Eileen...

—Y prefiere que me mate a mí, que mate a esta muchacha, siendo inocentes de todo ese horror, ¿no es cierto?

—Bien, yo... —Se estremeció, estrujando sus manos fibrosas—. ¡Yo no sé qué hacer, Dios mío!

—No haga nada. No lo ha hecho en estos años, ¿por qué había de hacerlo ahora? Además, ya es tarde para eso. Sólo querría aclarar unos puntos más. Carlos Acevo trabaja para Jalico, ¿verdad?

—Sí... Pero también es muy amigo de mi hermanastro Arthur...

Debió... ayudarle en eso.

—Y Arthur, muy astuto, liquidó a Hyatt McNamara, usando un coche de Jalico, en Nueva York, cuando el rufián de McNamara dejó de serle útil en el plan contra mí, ¿no es cierto?

—Sí...

—Y también Arthur, de acuerdo con Acevo, utilizó las dotes de hipnotizador de éste, para complicar a Rita Coral en el juego, lanzándola con un coche sobre mí. Un coche que conducía seguramente el propio Acevo o Arthur Dawes, y del que saltó antes de precipitarlo sobre mí, dejando a Rita Coral al volante...

—Creo que eso es lo que sucedió.

—Es curioso, pero pensé entonces que solamente Arthur Dawes sabía mis pasos lo suficiente para seguirme e intentar matarme. Era absurdo, y deseché la idea, en especial al saber que había una mujer dentro del vehículo...

—Ahora, ya lo sabe todo, ¿no es cierto?

—Casi todo. Falta saber algo más: ¿dónde está ese medio millón de dólares?

—Jalico podría contestarle. Pero no lo hará.

—¿Por qué Jalico?

—Yo... yo encontré el medio millón. Es decir, lo que resta del medio millón. Arthur no se ha beneficiado mucho de su robo. Le oculté el dinero, y no le dije dónde estaba. Sé que si no se lo digo pronto, me matará también a mí. Si no lo ha hecho ya, es porque le conviene que Jalico siga creyéndole amigo suyo, y siga pensando que yo robé el dinero, que usted mató a Eileen en venganza, y todo eso.

—¿De modo que usted gastó de ese medio millón?

—No. Jalico me ayuda. Me ayudó estos años. Ese dinero, excepto cien mil dólares que Arthur malgastó estúpidamente, a escondidas del

F. B. I.,

y procurando no ser sorprendido en esa vida ficticia durante unas vacaciones, está aquí, en Cayo Tiburón. Yo sé lo entregué a Jalico. Y tengo su resguardo, Bryan. Un resguardo por doscientos cincuenta mil dólares... Los otros ciento cincuenta mil, son la comisión de Ricky Jalico, por ayudarme...

Había extraído algo del bolsillo, con mano temblorosa. Un papel

sucio, arrugado. Desplegado, mostró la firma de Ricky Jalico, bajo unas líneas mecanografiadas. Un recibo por el depósito de doscientos cincuenta mil dólares.

Suspiré.

—Bueno, ahora ya lo sé todo.

—Sí, Bryan. Y no va a servirle de nada. Se acabó el juego.

Rita Coral hubiera gritado, de no impedírselo una mano. Otra mano apareció, arrancando el documento de manos de Edmond Kern, el exfederal. Y una pistola automática del 9 largo, asomó ante mis ojos, encañonándose.

Miré en derredor, lo mismo que Kern. Vi a los tres hombres de traje claro, rodeándonos en la mesa del rincón. Uno de ellos, me era muy conocido.

Arthur Dawes, el agente federal de Nueva York. El hermanastro de Edmond Kern. El asesino de Eileen Diamond y de Hyatt McNamara, en suma...

Me miró siniestramente, con su sonrisa juvenil y deportiva.

—Va a morir, Shelby Bryan. Ahora mismo...

La música hacía mucho ruido, la gente bailaba, y la rubia había terminado su número. Nadie miraba a nuestro rincón. Y aunque lo hiciera, no se estremecería siquiera, cuando los hombres de Ricky Jalico disparasen. Éste era su imperio, y nadie se metía en las cosas de Jalico.

Además, Arthur Dawes y los demás, llevaban pistolas provistas de silenciador. Sería como dos taponazos de champaña. Y Rita Coral y yo, habríamos muerto. Nos sacarían de allí como si fuéramos vulgares borrachos. Nuestros cuerpos desaparecerían pronto, en la noche ardiente de los Cayos. Quizá fueran tres taponazos. Y Kern nos acompañara en el viaje eterno. Su hermano no debía amarle tanto como él a Arthur.

Lo que siguió, me convenció de ello.

—Lo siento, hermanito —dijo Dawes, sonriendo a Kern—. Pero tendré que eliminarte también a ti.

—¡Arthur! —jadeó él, encogiéndose—. ¡No puedes decirlo en serio!

—Terminarías por delatarme a Jalico. Eres un sentimental. En cambio, matándote yo, podré decir a Ricky que fue cosa tuya. Y él me devolverá ese dinero, como un legado tuyo. Sé que lo tienes

dispuesto así con él.

—Arthur, ¿averiguaste eso? —gimió Edmond Kern.

—Sí —sonrió lóbrego, Dawes—. Sé que si algo te sucedía, mi dinero volvería a mí, porque tú siempre te apiadaste de tu pobrecito hermanastro, y no querías que ese dinero quedara en poder de Jalico.

—¡Yo lo que quiero es que lo recuperes... y lo devuelvas en mi memoria! —gimió Kern—. ¡Por eso te lo lego, por eso hablé a Jalico! ¡No para que disfrutes del producto de un robo... de un dinero manchado de sangre!

La música continuaba estridente, embriagadora como ron. Lo ahogaba todo. Dawes debió pagar bien a los músicos. La gente, frenética, bailaba «mambos» sin mirarnos. Todo iba a ser sencillo. Y Dawes ya no quería perder más tiempo.

—Vamos a terminar —dijo escuetamente—. Adiós, hermanito. Y ustedes, buen viaje al infierno, muchachos.

Iban a disparar a nuestras sienes. Todo simple, sin apenas sangre. Rápido y sencillo...

No podía hacer nada. Alguien me había quitado mi arma, cacheándome rápidamente. Estábamos a su merced, y él lo sabía. Los tres asesinos apuntaron. Al segundo inmediato, dispararían.

Ya dos veces, Rita Coral me había salvado del desastre, en situación parecida. Sólo que ahora, ella estaba tan perdida como yo. Y Edmond Kern, sollozando de dolor ante la vileza de su hermano, tampoco podía hacer nada.

Nadie podía hacerlo. Arthur Dawes lo sabía. Sonreía con aire de triunfo. Cerré los ojos. Sentí la mano de Rita Coral, oprimiendo la mía. Con mucha fuerza.

—Te amo —dijo inesperadamente—. Te amo, Shelby Bryan. Lástima que todo termine aquí...

Arthur Dawes rió cínicamente al oírlo. Luego...

EPÍLOGO

Hubo un solo disparo. No tres.

Un disparo sin silenciador. Rotundo, sonoro. Juraría que un disparo de arma de rifle. Algo cálido me salpicó.

Abrí los ojos. A tiempo de ver el espectáculo horrible.

Arthur Dawes se desmoronaba. Con la cabeza convertida en algo muy feo y muy deforme. La sangre de su tremenda brecha me había salpicado.

Estaba oscilando. Caía ya...

Los dos esbirros, se volvieron, armados. Chillaba la gente en la sala, y se había detenido la música. Nadie contaba con un estruendo tan ensordecedor como el de aquel disparo de rifle dentro del local...

Todos miramos al mismo sitio. Menos Edmond Kern que, sacudido todavía por un dolor fraterno increíble, chillaba al ver caer de bruces sobre la mesa el cuerpo de su hermano:

—¡Arthur! ¡Arthur, muchacho...!

Pero Arthur no podía contestarle. No contestaría ya a nadie. Había muerto. Y muy a tiempo.

Temí por un momento una ensalada de tiros, entre los dos tipos que le escoltaban y el hombre que mató a Arthur Dawes.

Pero no sucedió nada de eso. Reinó un silencio de muerte en la sala. Los dos esbirros soltaron las armas, impresionados. Alzaron lentamente los brazos.

El hombre que disparó, descendió lentamente por la escalera que conducía al altillo del «Tropicana». Le seguían otros tres hombres. Él llevaba un rifle automático. Ellos, pistola.

Reconocí su figura, su rostro, su anillo con una esmeralda muy verde, que centelleaba entre el humo de la sala.

—Ricky Jalico... —murmuré—. Ricky Jalico... es el que ha matado a Arthur.

Rita Coral había expresado terror al verle. Ahora, ese gesto se iba borrando. En su mente, se abría paso la idea fantástica de que, precisamente el hombre de quien huíamos, había sido el que salvó nuestras vidas.

Una luz malévola brillaba en las pupilas del prohombre de los trópicos, al fijar su mirada en el cadáver de Arthur Dawes.

—Terminó —dijo roncamente—. Ahora, Eileen está vengada...

Le contemplé con asombro. Era cierto. Había amado mucho a Eileen. Acaso ella lo mereciera, no podía saberlo. Sólo sabía que estaba sintiendo una gran piedad y simpatía por aquel hombre turbio y extraño, de reacciones sentimentales capaces de salvar nuestras vidas...

—¿Usted lo sabía, Jalico? —pregunté lentamente.

—No, Bryan —negó Ricky, mirándome de hito en hito—. Yo siempre creí que era usted. Le perseguí con saña, ordené matarle. Lo hubiera hecho, de dejarse usted cazar. Pero lo he sabido a tiempo.

—¿Cómo?

—Ya le tenía cogido —sonrió Jalico—. A usted, Bryan, y a la chica de Palmeros. Les tenía cogidos a ambos, porque habían venido al «Tropicana». Este local es mi cuartel general por las noches. Usted no podía saberlo. Cuando salieron de aquí, les hice seguir. Ya no debían atacarle, hasta que usted mismo cayera en el cepo. Quería ensañarme, dejarles correr, como se hace con la liebre en una carrera de galgos. Soy muy cruel, Bryan, cuando llega el caso.

—Sí, le creo. ¿Y qué pasó entonces? Algo le hizo cambiar de idea, ¿no?

—Ya le he dicho que éste es mi cuartel general. Tengo mi despacho, mi propio sistema de controlar el local. Desde arriba, a través de un panel de cristal, que es invisible desde aquí, veo la sala, la gente... Le vi a usted, a la chica, volver al «Tropicana». Dije a mis hombres que siguieran dándoles cuerda todavía. Le vi sentarse con Kern. Y tuve curiosidad por saber lo que hablaban. Aquí, Bryan, hay micrófonos. Un buen juego de ellos. Yo tengo arriba el audífono. Escuché.

—¿Todo?

—Todo —sonrió—. Usted nunca me hubiera convencido a mí. Le

hubiera matado de todas maneras, Bryan. Pero hablando con Kern, me reveló que era realmente inocente. Y que había otro ladrón que jamás fue Kern, como yo creía.

—Entonces supo que Arthur Dawes mató a Eileen Diamond, ¿no?

—Eso es —su gesto se endureció—. Era la gota que colmaba el vaso. Tenía que intervenir pronto, porque él entraba en el local entonces.

—Y lo hizo —suspiré, mirando al muerto.

—Nosotros no sabíamos... —tartamudeaba uno de los esbirros de Arthur—. Él nos dijo que era orden suya. Y usted era su amigo, patrón...

—Está bien —cortó con frialdad Jalico—. Eso os hará ser más precavidos en el futuro. No se obedecerá a nadie, sino a mí, ¿entendido?

—Sí, patrón...

Fueron desarmados y sacados del local. Me sentí obligado a decir algo al que me salvara la vida.

—Gracias, Jalico. Nunca esperé tener que deberle tanto...

—No me gusta que me agradezcan nada —Jalico miró ceñudo al infortunado Edmond Kern, que abrazaba a su hermano muerto—. ¿Sabe una cosa, Bryan?

—¿Qué?

—Nunca entenderé a la gente como Kern. Sacrificó su vida, su porvenir, absolutamente todo, por una rata que no valía un centavo.

—Pero era su hermano.

—Ya lo sé. A pesar de todo, no lo entiendo.

—Hay cosas que uno no entiende. Pueden ser errores humanos, cariños mal interpretados... pero son hermosas —miré a Kern con lástima—. Sí, muy hermosas. Si puede, de un buen trabajo a ese hombre. No volverá al

F. B. I.,

jamás. Pero puede salir de su actual estado. Ayúdele, Jalico. Usted no le entenderá. Pero él se merece amistad, simpatía, afecto. Hizo algo hermoso, aunque fue peor para todos. No es culpa suya que Arthur fuera un reptil insano...

—Sí, creo que haré lo que dice —me miró fijamente—. Y a usted, le daré ese dinero. Puede devolverlo al

F. B. I.,

o a la *Transamerican*. ¿Citará mi nombre? No es que me importe, porque siempre tengo sitio en Sudamérica, para alejarme de la Ley norteamericana, pero le he tomado cariño a estos Cayos y...

—Creo que usted no figurará en mi relato, cuando devuelva ese dinero —sonreí.

—Gracias, Bryan.

—Tampoco a mí me gusta la gratitud —le indiqué.

—Eso está bien. ¿Sabe una cosa? Le devolveré medio millón. Así no habrá que dar explicaciones.

—¿Y usted perderá cien mil dólares de su bolsillo y el resto de su comisión?

—Alguna vez, un negocio sale mal y hay pérdidas —se encogió de hombros, con una sonrisa. Me tendió la mano—. Hay recompensa para quien halle algo así. Creo que son cien mil dólares...

—Cien mil dólares... —Miré a Rita Coral, con una sonrisa—. Es mucho dinero, querida.

—Bryan... —Ella me miró, enrojeciendo.

—Al menos, para mí. El dinero suficiente para no necesitar que tu tío nos ayude... cuando seas mi mujer. Es el principio de una nueva vida, Rita Coral... si era verdad lo que me dijiste antes, cuando...

—¡Oh, Shelby, cariño! ¡Claro que era verdad! —corrió a mis brazos, y me aplastó su boca contra la mía.

Era cálida, jugosa, ardiente. Como el trópico. Como ella misma.

Yo sabía que iba a gustarme. La chica me gustaba mucho, aun antes de esto. Sabía que era algo diferente. Que sería diferente a todo.

Ricky Jalico hizo un gesto risueño, y empezó a alejarse.

—Es un buen final, Bryan —comentó—. ¿Volverá por los Cayos algún día?

—Es posible —sonreí—. En nuestra luna de miel...

Rita Coral volvió a amordazarme con la pulpa jugosa y sensual de sus labios. Yo me dejé amordazar gustosamente.

Ricky Jalico meneó la cabeza. Echó una última mirada a Arthur Dawes, a su hermano Edmond Kern... y se alejó.

Yo, seguía hundido en mi propia felicidad. Seguía pensando que

el trópico era ardiente. Y hermoso.
Como Rita Coral.

FIN

4.000 años de piratería



Fascinantes historias de los piratas! Morgan, "el terrible"; Avery, "el afortunado"...

Bandera negra, libertad y sangrientos abordajes.

Pero detrás de la leyenda, con su perfume de brisas tropicales, hubo algo más: unas causas políticas, unos códigos, unas consecuencias históricas

En estas páginas, junto a las aventuras apasionantes, encontrará usted todo lo que de la piratería generalmente se silencia.

MARABU ZAS

**PEQUEÑOS LIBROS
DE GRAN CONTENIDO**





LA PELICULA ES UNA CINTA DE SUEÑOS

Pero estos sueños se fabrican en unos complicados laboratorios cuyos secretos muy poca gente conoce.

Leyendo este libro comprenderá lo que cuesta y lo que significa hacer una película, penetrando, al mismo tiempo, en los secretos de esta gran industria que produce obras de arte.

MARABU ZAS

EL FIN DEL MUNDO



Quizá la fecha esté muy próxima a nosotros. Los científicos que trabajan para la guerra pueden provocar la hecatombe final. Basta con que alguien oprima un botón en Washington o en Moscú.



MARABU ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

LAS RELIGIONES

Desde las más primitivas y bárbaras idolatrías, hasta la Revelación cristiana, el hombre ha recorrido insólitos caminos en su ansia de vivir eternamente. Curiosa, dramática, terrorífica, enigmática o sublime, la historia de las religiones explica, a través de la evolución de culturas y sociedades, muchos aspectos desconcertantes del mundo de hoy.



COLECCION



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

LOS GANGSTERS



Lucky Luciano, el "amo" indiscutible; Frank Costello, cuyos "negocios" producían miles de millones; Al Capone, el gran organizador del hampa. Tres de los muchos nombres que jalonan la alucinante historia del gangsterismo.

Desde las primeras maniobras de la "mafia" en tierra americana, hasta las actuales infiltraciones en el sindicalismo, pasando por los rugientes años de la ley seca, he aquí el cuadro completo del "racket" y sus siniestras figuras. Un panorama aleccionador cuya contemplación suspende el ánimo.

MARABU ZAS



COMO OPERA EL F. B. I.

Todos tenemos una idea de que es y cómo opera la más eficaz organización creada contra el imperio del crimen.

Ahora bien, ¿corresponde nuestra idea a la realidad? ¿No será ésta más emocionante todavía que la ficción?

En estas páginas están los hechos auténticos.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

- REPÚBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera Argentina
SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- BOLIVIA:** Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Calle 18,
número 8-64 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSÉ.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 355-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conco, 40 - SANTO
DOMINGO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 13 Calle número 5-43
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Istacchuatli, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este
número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 380 - ASUN-
CIÓN.
- PERU:** "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegua, 336
LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 2ª Avda. Sur, 520
Edificio Modelo. Apartamientos 304-305 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 173 - CARACAS.

veterano
tiene eso
un veterano
sabor



VETERANO ES DE OSBORNE
VETERANO ESO ES COÑAC



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptes. * Impreso en España - Printed in Spain

NOTAS

[1] Hightowers «Alta torre», literalmente traducido del inglés. De ahí el comentario de su posible significado. Es también un apellido relativamente vulgar. < <